

C2 11/22/08 1182088 JAR



ESTA  
NOCHE  
JUEGA  
EL  
JOKER

FERNANDO SIERRA BERDECÍA

FERNANDO SIERRA BERDECÍA

ESTA NOCHE JUEGA EL JÓKER

Comedia dramática en tres actos

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

EDITORIAL CULTURAL INC.  
RIO PIEDRAS, PUERTO RICO  
1976

© 1960 Fernando Sierra Berdecía

UNA JUGADA MAESTRA  
DE FERNANDO SIERRA BERDECIA

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Printed in U.S.A.

Los que hemos sentido la preocupación de crear un teatro nuestro, no podemos pensar en esta obra de Fernando Sierra Berdecía sin ver en ella un augurio triunfal de nuestro teatro. La noche de su estreno, se presentó ante esa gran pupila caliente de nuestro público, una de las más atractivas posibilidades de nuestra cultura popular.

El momento del estreno fue un momento propicio. Ningún avance de la cultura obedece a una corazonada genial o a un impulso creador esporádico. Hay un estado de conciencia artística que precede a cada avance, hay una coincidencia de hechos que pesan sobre determinado momento para iniciar una nueva época. Yo he analizado, en un estudio que tengo publicado en la revista *Ateneo Puertorriqueño*, la formación de este estado de conciencia artística hacia el tema puertorriqueño y la coincidencia de los hechos que sirven de signos precursores a la creación de un teatro nuestro.

En el año 1938 la Sección de Bellas Artes del Ateneo Puertorriqueño convoca un concurso de obras teatrales sobre tema puertorriqueño. Para sorpresa de los escépticos se presenta una abundante producción dramática. Ese mismo año durante la Semana del Ateneo, ocasión propicia para el enjuiciamiento de nuestro tema local, se pronuncian en una sola semana cinco conferencias sobre nuestro teatro a cargo de Antonia Sáez, Manuel García Díaz, Francisco Manrique Cabrera, Augusto A. Rodríguez

y el autor de estas líneas. La Farándula Universitaria, la Escuela del Aire, El Club Artístico del Casino de Puerto Rico, presentan producciones de suficiente riesgo para que el público abandone su prejuicio contra nuestro heroico teatro de aficionados. En este momento surge la obra de Fernando Sierra Berdecia, primer logro de sólida esperanza, primer alegato en carne y hueso, de lo que todos habíamos esperado de nuestro teatro. La sorpresa del público fue el premio de cuatro meses de fatiga profunda, y fue la consagración unánime de un comediógrafo nuestro.

No hay un gran éxito en el teatro sin una gran obra. En la obra de Fernando Sierra Berdecia están presentes los elementos que hacen el éxito de una comedia en el tablado. En primer lugar el autor se sitúa en una posición acertada frente al tema: hace una comedia de tema particular que tiene, sin embargo, un ancho aliento americano. Cualquier pueblo de nuestra América puede reconocerse a sí mismo en esta obra de Sierra Berdecia. Dicho reconocimiento es lo que hace que el público goce desde el primer instante su propia representación. En este aspecto fisonómico expansivo está el primer acierto del autor.

En segundo lugar, hay logrado un ambiente de contraste entre el hombre y el medio, del cual se sirve el comediógrafo para precipitar en el tema una caricatura fuerte de uno de los problemas más serios que tiene nuestro emigrante a Estados Unidos. Para ello, Sierra Berdecia se vale de tres tipos, el del adaptado, como María, el del resignado como Arturo, el del inadaptable como Roberto o Capablanca. Habiendo puesto su jugada en tres sólidos puntos de comparación, el autor tiene a mano todos los resortes del éxito, tiene la burla, la novedad en el romance, el drama. Entonces empieza su especulación literaria. La ironía es tan vital que le sirve de precipitante artístico a toda la obra. Porque la ironía es siempre superior a la comicidad: va más directa hacia la entraña humana de la concepción; no aspira a esa carcajada inoportuna que rompe la rigidez facial como un

revulsivo de hilaridad. La ironía va socavando el espíritu del auditorio, trabaja el ánimo tanto del entendimiento como del intelecto y trae una nueva luz de coloraciones novedosas. En toda la comedia no hay una sola situación preparada de antemano para colocar el chiste, ese socorrido truco de la teatralidad anterior. Pero llega el momento en que la ironía se ha filtrado tanto en el arrimo del espectador, que el público armado de una doble vista, ríe espontáneamente no sólo de lo que se dice, sino de su propia condimentación espiritual ante un absurdo de tipo humano.

En tercer lugar, la obra bellamente escrita no tiene ese alarde literario que tanto abruma al apacible señor que va al teatro en busca de una hora de divertimento. Yo no recuerdo una sola frase vulgar en toda la comedia, al mismo tiempo no hay ningún aparte de suficiente ponderación literaria que nos marque un acotamiento especial. El diálogo se distingue por su fluidez, aún en las escenas en que la tesis impone un poco de severidad intelectual. Hasta en los momentos en que el drama acucia la palabra buscando acento dramático, el diálogo sigue dentro de un ritmo que es agradable a la recepción.

En el teatro hay un escollo fundamental, que nosotros vamos a denominar arbitrariamente, como el escollo de la visualidad. Se necesita poseer un buen instinto de comediógrafo para encajonar durante tres actos en un mismo escenario modesto, como lo es un apartamento de latinos en la 136 de Nueva York, sin que el público no se dé cuenta de este recorte en la escenografía. La visualidad en la comedia de Fernando Sierra Berdecia se logra por el medio más directo que reconoce el género, a través de tipos, de tan acabada pintura, que desaparece la percepción de cualquiera otra concurrencia subsidiaria. Cada uno de estos tipos es un acierto de representación humana y la jerarquía entre ellos sólo la establece su condición principal o accesoria dentro de la trama. El vate Ernesto Capablanca, el amator Roberto Martí-

nez, la adusta hormiga neoyorquina María, el vendedor de emociones metropolitanas que hay en Nicasio, tienen en sí la suficiente pintura, un extracto de realidad tan genuino, que en tres actos salvan por su propia conformación la visualidad de una obra encomendada al elemento humano.

En último lugar de apreciación, tenemos que mencionar la buena estructura dramática que tiene la obra. Está precisa y claramente situada en su género de comedia, en ese difícil punto entre el sainete y el drama. Sin desvirtuarse una línea dentro de uno u otro género. Los dos primeros actos sirven para presentarnos la caricatura de la adaptación; el último, el matiz doloroso que puede haber detrás de un formato, de tipo económico, donde el hombre se despoja de todas sus defensas tradicionales para intentar vencer su nuevo acomodo. El drama surge de la caricatura, toma casi por asalto al público, que cree que va a reír toda la noche, cuando ya el autor le ha preparado una celada emocional donde va a obligarlo a asistir a una dignificación latina del que mejor parecía adaptado al nuevo formato que compone la ciudad. Estamos ya ante un sesgo literario, ante una novedad sentimental de un problema proletario. La dosificación del drama durante toda la obra está hecha con esa preciosa cautela que al comediógrafo nato le presta su intuición. Los problemas individuales de los otros personajes empiezan a resolverse al pintoresco modo de la adaptación. Se presenta un marido a reclamar una esposa a quien no ve hace dos años porque la situación económica no le permite la menor estabilidad hogareña; salen a casarse dos de las sicologías, más dispares que presenta la obra; un sostenido de catástrofe amenaza la solución del problema central, donde el marido va a plantear por primera vez en su vida de "houseman", el fuero latino de la masculinidad. El público está esperando otra astracanada como la que le ha ido sirviendo golosamente el autor, para la solución del triángulo central. Se sientan a jugar un póker mientras viene el chocolate de

la esquina, el paseador de la dama, el amorador de la dama, el marido de la dama, con ésta.

La escena final es un acierto de composición escénica. Hay en el juego de póker una carta anónima que hace pareja con cualquiera otra carta para cualquiera jugada: el jóker. ¿No es acaso ésta la situación de Arturo, el marido? Hay tres hombres y una mujer. El marido se levanta en el momento en que más inocente parece la jugada. Cuenta su vida de emigrante, su transformación ante el imperativo económico, su grande amor hacia la mujer, que escucha, por primera vez, dentro de la farsa conyugal a que los ha empujado la ciudad, a su marido hablar de un amor hacia ella, que ella desconoce. El marido está dispuesto a ser la carta anónima, la carta que hace pareja con cualquiera, para salir él con uno de los otros dos y dejar a la mujer amada en compañía de aquel que la mujer elija. Algo se ha adentrado en el corazón de la mujer. Es el profundo acento que tiene un hombre latino enamorado, es la voz atropellada de un hombre que conserva aún, sin que la ciudad pueda despojarlo de ella, el ardor que a veces es arrulló viril y otras, voz de tempestad. María se queda con su marido cuando el público la cree enamorada de los ojos húmedos de verde tropical del vate Capablanca, que quiere cargar con ella para el Perú. Y así dentro de una situación inmoral, con arredro de toda la técnica burguesa sobre lo moral, el público paladea una vez más el viejo goce de que la comedia termina bien, salvando la moral, que ha estado durante toda la obra, a punto de quedar mal.

El Club Artístico del Casino de Puerto Rico representó la obra como mejor puede lograrla un teatro de aficionados, que tenía por exigencia de la tipificación, cuatro actores donceles que por primera vez pisaban el tablado. Los muchachos del Club trataron de depurar, aún sus defectillos interiores, para darle una oportunidad a nuestro pueblo de ver una obra puertorriqueña interpretada por artistas de nuestro país. Yo temo que al hacerse

la historia de esta época de nuestro teatro vayan a quedar estos pequeños héroes de un nuevo intento, olvidados de la gratitud que merece todo aquel que se presta a servir a la cultura de su país. Pusieron ellos su alegría, su fuerza, en ayudar a esta obra a marcar un momento decisivo de nuestro teatro, en que todo nos pertenecía, el tema, el autor, el actor, hasta la esperanza. Sirva este párrafo, para que mientras deambule esta edición por esos mundos nuestros que van desde las anchurosas lejanías del Plata hasta las carboneras humanas de nuestro Harlem, para llevar un voto de reconocimiento generoso hacia ellos, de todos los que hoy vemos hecha una realidad espléndida, la vieja inquietud de crear un teatro puertorriqueño.

La comedia *Esta noche Juega el Jóker* de Fernando Sierra Berdecía es un alegato de carne y hueso, de que Puerto Rico está hoy en un momento decisivo de nuestra cultura popular. Además, el hallazgo ha sido un augurio triunfal, que ha convencido al más escéptico de los espectadores de nuestra cultura: al espectador puertorriqueño. Haber logrado ese convencimiento es el mejor elogio que merece nuestro querido compañero de letras presentes y futuras, Fernando Sierra Berdecía. Con su obra se inicia una nueva época en nuestro teatro regional. ¿Acaso no es esto lo más a que puede aspirar un auténtico obrero de nuestra puertorriqueñidad?

EMILIO S. BELAVAL

*Estrenada en la noche del 12 de octubre de 1939, en el auditorium de la Escuela Superior Central, por el Club Artístico del Casino de Puerto Rico, bajo los auspicios del Ateneo Puertorriqueño.*

#### REPARTO

MARÍA	.....	Srta. Provina Vázquez
MATILDE	.....	Srta. Olga Lugo
ISABEL	.....	Srta. Irma González
ARTURO	.....	Sr. Carlos Rodil
ROBERTO	.....	Sr. Eliseo F. López
CAPABLANCA	.....	Sr. Tomás Vera Riera
NICASIO	.....	Sr. Luis Dastas
JULIO	.....	Sr. Clyde Stacey
LUISÍN	.....	Sr. Germán Cuadra

*Director de Escena: Lcdo. Emilio S. Belaval*

*La acción de esta obra tiene lugar en la ciudad de Nueva York y en la época actual.*

## ACTO PRIMERO

*Sala amplia de apartamento en un tercer piso de la Calle 147, al oeste de la ciudad, entre Broadway y Riverside Drive. Moblaje moderno. Sofá ancho. Sillones y butacas. Mesa-velador, colocada cerca del sofá. Al fondo ventanal de cristales. A la izquierda del espectador, puerta de entrada al apartamento. Tiene timbre y cerradura automática. Nunca quedará abierta. A la derecha se inicia el pasillo que conduce a las habitaciones dormitorios, al comedor, a la cocina y al cuarto de baño. Una percha, cerca de la puerta de entrada.*

*Mañana nevada de domingo en febrero. En escena Arturo, sin americana, pero con chaleco gris. Viste pantalones del mismo color. Con movimientos reposados pasa un paño por sobre los muebles. Recoge un fósforo a medio quemar del piso y lo echa en uno de los tres ceniceros que aparecen en la mesa-velador. Suena el timbre. Abre Arturo, entrando Roberto.*

ARTURO

¡Ah, eres tú! ¡Buenos días, hombre!

ROBERTO

*(Inquieto y apresuradamente, quitándose los guantes y el abrigo, que lleva con el sombrero a la percha.) ¿Cómo pasó ella la noche?*

ARTURO

*(Sin abandonar su gesto reposado.)* Muy bien. Se quedó dormida a eso de las doce, mientras yo le leía un resumen de las cotizaciones últimas. Creo que aún no ha despertado...

ROBERTO

Entonces no habrá podido tomar la medicina cada tres horas, como indicó en el hospital ayer el doctor Foster al darla de alta.

*Se sienta y enciende un pitillo.*

ARTURO

*(Colocando uno de los ceniceros en el brazo izquierdo de la butaca donde se ha sentado Roberto, y reanudando luego la limpieza de los muebles.)* Tanto mejor. Si María se queda allí, la matan a pura medicina. O a bisturí. *(Irónico.)* Esas son armas que raras veces fallan a los médicos. ¡Un bisturí en las manazas del doctor Foster! Ahora que está aquí, libertada de aquel ejército de uniformes y sombreritos blancos, distante de la mirada escrutadora de ese doctor Foster que debiera ser médico particular y exclusivo de Jack Dempsey, es que me parece que María ha salido realmente de la crisis.

ROBERTO

Ese prejuicio tuyo contra los médicos y los hospitales es poco serio e injusto, sobre todo para el doctor Foster.

ARTURO

*(Suspendiendo su tarea y sentándose.)* Es verdad. Tienes razón. Es una pura guasa prejuiciada. Sobre todo en lo que respecta al doctor Foster...

ROBERTO

Tu mujer le deberá la salud que ahora empieza a recobrar... A no ser por él... quizá hubiera tenido que someterse a una operación.

ARTURO

Sí; ya lo sé, ya lo sé...

ROBERTO

Fue Foster quien aseguró que no había necesidad de operar. En cambio Brown, aquel médico que tú trajiste la noche que se sintió ella enferma...

ARTURO

¡Claro! Ese infeliz de Brown que traje yo... Confieso que fue uno de esos disparates que yo cometo con frecuencia, sin poderlo advertir antes... *(Transición.)* Pero, la verdad, Roberto, la verdad: Brown no habló de la operación como cosa inevitable. Se refugió, al igual que Foster al principio, en un quizá ancho y acogedor.

ROBERTO

Foster..., al principio, claro... Para un diagnóstico definitivo se requería un período de observación y varios exámenes rigurosos. El día que la llevamos al hospital él no podía decir otra cosa. No la hubiera podido decir al segundo día. Ni al tercero tampoco.

ARTURO

*(Irónico.)* Pero ese pobre diablo de Brown que traje yo, sí...



ROBERTO

*(Conciliador.)* No te digo que Brown...

ARTURO

*(Levantándose.)* No creas que voy a defender a Brown. Si yo todo lo que sé de él es que acostumbraba almorzar en un restaurante de *Down Town* donde trabajé yo una vez. La noche que María se sintió enferma su nombre fue el primero que vino a mi mente. Y fui por él. En cambio Foster... es un especialista de renombre en la ciudad. Y después de todo, a pesar de la cuenta que nos parece un poco crecida, María está satisfecha de su trato. Hasta obtuvo un permiso del director, para que tú permianecieras en su privado en horas fuera de las señaladas por el reglamento para las visitas, distrayéndola, e impidiendo que cayera en el tedio que ella tanto teme...

ROBERTO

María me hizo leerle todos los cuentos de Poe.

ARTURO

Yo le llevé el "Juan Gabriel Borkman" de Ibsen; pero me ha dicho que lo leyó ella sola, porque a ti no te gusta.

ROBERTO

Sí; le dije eso. Y es verdad. Yo no soporto los hombres fracasados. Me fastidian hasta en los libros. La biografía de Napoleón la tiro cuando la lectura me aproxima al capítulo de Waterloo...

ARTURO

*(Irónico.)* ¡Oh, sí! Ya sé que prefieres los triunfadores.

ROBERTO

Como Bismark...

ARTURO

O como Valentino...

ROBERTO

*(Mordáz.)* En la industria, incluyendo la cinematográfica, prefiero a Ford...

ARTURO

O a Al Capone...

ROBERTO

*(Levantándose y caminando despacio por la escena.)* No. Ese no, porque como a Napoleón en Santa Elena, a ése le rompen el hígado y los sesos en la Isla de Alcatraz.

*Entra Nicasio por la derecha, dando a su cabello los últimos pases de la peinilla, que luego guarda en el bolsillo interior de la americana.*

NICASIO

¡Qué es eso, señores, qué es eso! ¿Están ustedes pasando balance de todos los aventureros, clásicos y modernos? Desde la habitación les he oído...

ROBERTO

*(Alarmado.)* ¿Pero hasta allá llegaba la voz de éste?

ARTURO

Las voces, las voces de éste...

*Señalándose.*

ROBERTO

Arturo, estás puntilloso hoy. *(Transición.)* De seguro que hemos despertado a la pobre María...

NICASIO

Debe haber despertado mucho antes. Al pasar frente a su habitación oí pasos.

ROBERTO

¡Se ha levantado! Ve allá, Arturo. Y dime cuándo puedo pasar...

ARTURO

Voy en el acto. *(A Nicasio.)* ¿Cómo quieres los huevos del desayuno? ¿Pasados o fritos?

NICASIO

*(Con fastidio.)* Fritos, que yo estoy reñido con todo lo pasado. *(Sale Arturo.)* ¡Qué nohecita la pasada!

*Se sientan.*

ROBERTO

¿Qué, te fuiste de juerga anoche?

NICASIO

¡Qué va, hombre, qué va!... Me aburrí soberanamente en

una cafetería de la Calle 110, oyendo a unos poetas empeñados en arreglar el mundo, y recitándose sonetos y madrigales...

ROBERTO

¿Pero qué otra cosa van a hacer unos poetas en una cafetería en Nueva York? Pues eso: arreglar el mundo y recitarse versos. Claro que también a veces desarreglan el mundo a sonetazo limpio y se descuartizan ellos entre sí; y no precisamente a madrigalazos...

NICASIO

Te aseguro que en una cafetería en Nueva York también hacen otras cosas.

ROBERTO

¿Qué cosas?

NICASIO

Tomar café y no pagarlo.

ROBERTO

*(Riendo.)* Y pagaste tú...

NICASIO

¿Y qué otra cosa iba a hacer yo? Oírlos y pagar. El camarero que nos atendió es un hispanoamericano también. Por lo visto, muy aficionado a la lírica. No se separaba de nuestra mesa un solo momento. Uno de los poetas recitaba; y otro de los poetas decía "repite"... y si eran chuletas lo que comían, porque, además de tomar café, ¡qué manera de comer chuletas,

hombre!, era el mozo quien repetía las chuletas y no el poeta sus versos...

*Roberto ríe.*

ROBERTO

*(Riendo aún.)* ¿Y qué pretendías tú? ¿Que te diesen un recital lírico, te dictasen unas cuantas conferencias de política internacional y luego ni siquiera pagar los gastos de la empresa? ¡Hombre, por Dios, Nicasio!

NICASIO

Tú sabes que yo solamente gano veinte dólares a la semana. ¡Y la cantidad de taponos que tengo que hacer en la fábrica para ganármelos! Aunque, a la verdad, ahora que ya pasé balance la cosa me pesa menos. Capablanca es un amigo... de hace años, allá en nuestra tierra, más de mi hermano Ramón que mío, pero, después de todo, mío también... ¿No te había hablado yo de Capablanca?

ROBERTO

No...

NICASIO

Es un escritor...

ROBERTO

¡Ah, sí!... Ahora recuerdo que Matilde me dijo que había llegado de tu país un escritor amigo tuyo.

NICASIO

Hace sólo unos días que está en Nueva York. Me llamó por

teléfono y fui a verlo anoche. Dimos un paseo por Riverside Drive. Luego lo llevé a un cine de la Calle 52. Después, él quiso ver a unos escritores en la 110. ¡Pero qué modo de discutir tienen los poetas! Se miran como adversarios. En el grupo había un tal Gume Bello que lleva muchos años aquí, ¡cantándole al cemento y al acero! Cuando refutaba algo que decía Capablanca contra el cemento o el acero, lo miraba como desde muy alto, como si estuviese trepado en la torre del "Empire State"... Y luego le decía, en un tono mortificante: "greenhorn". Capablanca le preguntaba: "Y eso, ¿qué es?" "Que tiene usted los ojos húmedos de verde tropical", respondía Gume.

ROBERTO

*(Sonriendo.)* La frase podrá ser muy pedante, pero es de un lirismo legítimo. Y acaso resulte también realista.

NICASIO

Por lo que decía Capablanca y por lo que discutían los otros, llegué a la conclusión de que mi paisano ve todas las cosas de aquí al revés. Como si el Polo Sur estuviese donde está el Polo Norte, y viceversa...

ROBERTO

¡Quién sabe, quién sabe! Quizá tu amigo tenga razón...

NICASIO

Por fin veo que alguien quiere dársela, aunque sea envuelta en un ¡quién sabe! *(Pausa ligera.)* No... No la tiene... Me parece que tú vas a simpatizar con él. Lo tengo invitado a almorzar aquí... Después de los diez dólares que me gasté anoche, no podía llevarlo hoy a un restaurante.

ROBERTO

*(Levantándose.)* Pues conoceremos a tu poeta amigo.

*Entran Matilde, Isabel y Luisín.*

MATILDE

Roberto: dice María que puedes pasar... *(A Nicasio.)* Este se comió tu par frito. *(Señala con la cabeza a Luisín.)* Pero Arturo tiene otro par ya en la sartén... Por lo visto Roberto te ha dado la lata.

ROBERTO

*(A Matilde.)* Un momento, señorita... *(Nicasio sale hacia el comedor.)* que hoy tenemos la tarde para pelearnos. *(A Luisín.)* Si riñes con ésta, procura ser leve y déjame algún blanco, porque esta tarde voy a desquitarme las de toda la semana...

*Sale Roberto. Pequeña pausa. Luisín ocupa el sofá. Toma un ejemplar del "New York Times" que estaba allí tirado, y busca la sección de deportes.*

MATILDE

*(A Isabel, que también se sienta en el sofá y trata de leer algo por sobre el hombro de Luisín.)* Entonces, tú crees que puedo ir mañana contigo a la fábrica, a ver si me dan un "chance".

ISABEL

Ya te he dicho que ahora están cogiendo gente. Pero, créeme, yo siendo tú, no iría. Aún te queda algo de lo que has ganado con tus diseños en lo que va de este invierno. Esas dos semanas de paro, ¡tómatalas como descanso!

MATILDE

Es que yo quisiera ganar algo. Una siempre necesita...

ISABEL

En la "National" lo que vas a ganar es una eterna adversión a las galletas. Y no imagines que por razones de higiene, no, ¡qué va!, si apenas se las toca con las manos. Es que se las come una, de una sola vez: ¡10,000,000 de galletas de un vistazo! Y listo, coges una indigestión vitalicia...

LUISÍN

*(Irónico.)* Llévala, llévala, que le hace falta un buen hartazgo. La preocupación de la línea la está volviendo más fina que una onda hertziana...

MATILDE

Y a ti... ¿qué te importa eso? ¿Es que también tiene una que convertirse en pan de manteca para nutrir los ojos de las personas de mal gusto que no trabajan en "La National"?

ISABEL

*(Conciliadora.)* ¡Por Dios, no riñan ustedes! *(Riendo.)* Luisín: recuerda la súplica de Roberto...

LUISÍN

Es que ésta cree que el público, individual y colectivamente, no tiene ciertos derechos...

MATILDE

Las gentes de mal gusto, querrás tú decir. Y las que se

entrometen en todo... Ustedes, los hispanoamericanos, vienen a este país y después de algún tiempo se norteamericanizan en tal forma que sólo saludan a las muchachas a la manera judía... (A Isabel.) ¿No te has fijado tú cómo saludan los jóvenes judíos a las muchachas de su raza en el Parque Central? Pues con un burrunazo, como decimos en las Antillas. Cualquiera día Luisín... sí, estate prevenida, te saluda a ti en el pasillo con un jinetazo a la mandíbula...

ISABEL

(Sonriendo.) Matilde, no exageres así...

MATILDE

¡Ah, pero crees tú que exagero! Si éstos, cuando llegan a Nueva York le dan un puntapié a la cortesía... (Entra Nicasio.) Ahí tienes a ése... ¿A que no sabes lo que me hizo la semana pasada?

NICASIO

¿Yo?

MATILDE

Sí, tú. Tú mismo...

NICASIO

(Sin importancia.) ¡Ah! ¿Te refieres a lo del cabaret? Pues, chica, una cosa muy razonable.

MATILDE

¿Razonable? (Indignada.) ¿Llamas tú razonable haberme in-

vitado al cabaret para dejarme allí plantada y venirme después a la casa más fresco que un pedazo de hielo flotando en el Hudson?

LUISÍN

(Regocijado.) ¡A ver, cuenta! Cuenta tú, Nicasio, porque ésta a lo mejor elabora una novela, con ella de protagonista...

MATILDE

No; porque sería una novela muy vulgar...

NICASIO

(A Matilde.) A todas las cosas lógicas tú las llamas vulgares. En esto te pareces a mi paisano Capablanca. Sólo que él las llama fantásticas, absurdas, invertidas...

LUISÍN

(Impaciente.) Pero cuenta, chico, cuenta... que yo sé que tú te las traes en eso que Matilde llama buenas maneras.

NICASIO

Pues... nada. Fuimos al cabaret. Tomamos vino. Bailamos. Comimos. Volvimos a bailar... Llegó un grupo de hispanos. Entre ellos, un amigo de Matilde. Del mismo país y del mismo pueblo. Invitó a Matilde a bailar. Bailaron varias piezas... (Ligera pausa.) Yo me llevé las manos al bolsillo. Mentalmente pasé balance. Había salido de aquí con veinte dólares, el sobre de la semana completo; y me quedaban cinco... Me marché entonces. (Matilde trata de decir algo.) Sí, pero no lo niegues: muy finamente, después de haberme despedido con una inclinación cortés... Me fui: apretando los labios y los cinco dólares que retenía en el bolsillo...

Suena el timbre y Nicasio se dispone a abrir. Transición.

MATILDE

Espera... que yo no estoy muy presentable que digamos y puede ser algún extraño...

*Inicia el mutis.*

ISABEL

Ni yo tampoco...

LUISÍN

¡Qué horror les tienen las mujeres a los ojos extraños por la mañana!

*Salen Matilde e Isabel.*

NICASIO

En día de posible conquista... *(Abre y entra Capablanca.)*  
¡Hola, chico! ¿No tuviste dificultades para dar con la casa?

CAPABLANCA

*(Desprendiéndose de los guantes y del abrigo que Nicasio lleva con el sombrero a la percha.)* Ninguna. *(A Luisín.)* Muy buenos días...

NICASIO

*(A Capablanca.)* Este es Luisín, mi compañero de cuarto. *(A Luisín.)* El señor Capablanca, compatriota y amigo mío, escritor... Hombre de pluma...

LUISÍN

*(Dando la mano a Capablanca que le extiende la suya.)* Si es usted hombre de pluma, puedo llamarle casi camarada...

CAPABLANCA

¿Sí? Entonces debe usted ser periodista. El periodista es casi colega del escritor.

*Se sientan. Luisín en el sofá.*

NICASIO

¡Periodista éste! ¡Qué va, hombre! Es un experto. El mejor doblador de sábanas que tiene el "laundry" del Hotel Pennsylvania!

*Ríe.*

LUISÍN

A lo mejor está hospedado allí el señor, y anoche durmió entre sábanas dobladas por mí... Eso me iría debiendo ya...

CAPABLANCA

No; no me hospedo en hotel alguno. Estoy con unos amigos... Quizá el joven sea un escritor inédito...

LUISÍN

Ni periodista ni escritor inédito... Pero he sacado y he metido tanta pluma como usted.

*Nicasio ríe. Capablanca sonríe encogido, como ante una toma-dura de pelo que él no entiende.*

NICASIO

*(Riendo aún.)* Es que estuvo trabajando durante cuatro años en la cocina de un restaurante... *(Los tres ríen. Entra Arturo. Capablanca se pone de pie y también Nicasio, quien hace las presentaciones de rigor.)* Arturo: éste es Ernesto Capablanca. *(A Capablanca.)* Arturo Molina... El señor de la casa... un hermano mayor nuestro...

ARTURO

Mucho gusto, señor.

*Se estrechan las manos.*

CAPABLANCA

Mucho gusto...

ARTURO

*(Bromista.)* ¡Vea qué hermanitos me ha dado Nueva York!

LUISÍN

Pues no tienes motivos de queja. *(A Capablanca.)* Con permiso de usted... *(Volviéndose a Nicasio y a Arturo)* y de ustedes... Voy a ver cómo está mi percha, que esta noche tenemos baile en Harlem...

CAPABLANCA

Lo tiene usted.

*Sale Luisín.*

NICASIO

*(A Arturo.)* He invitado a Capablanca a almorzar con nosotros hoy...

ARTURO

¡Encantado! Entonces, con perdón... tengo que dar una vuelta por la cocina... Ya tendremos tiempo de hablar.

NICASIO

Claro, hombre, claro. Capablanca pasará aquí la tarde, por-

que también le he dicho que jugaremos algún "pokercito" después del almuerzo...

CAPABLANCA

Ese es el único juego americano que entiendo.

ARTURO

*(Iniciando el mutis.)* Pues aquí tenemos un maestro del póker. *(A Nicasio.)* Roberto. Adviértelo, porque... a lo mejor...

NICASIO

*(A Arturo.)* Tú sabes que jugamos siempre con límite. *(Sale Arturo.)* Nunca más de cinco centavos... No creas que Roberto es un tahir.

CAPABLANCA

Los jugadores de oficio saben disimularlo muy bien...

*Se sientan.*

NICASIO

Roberto... juega. Sí, es verdad. Pero aquí con nosotros... Es casi como de la casa. No vive aquí, es decir, no duerme; pero a veces hasta desayuna... Es muy amigo de María. Son del mismo país y hasta del mismo pueblo...

CAPABLANCA

*(Ahuecando la voz.)* El afecto de la tierra, el que nace del frecuente trato pueblerino, es de los más profundos que logra la amistad.

NICASIO

No sé si te he dicho que María es la esposa de Arturo. ¡Una mujer extraordinaria, chico!

CAPABLANCA

¿Una Venus tropical en el Norte?

NICASIO

Bueno... es una mujer bella. Pero en eso no está lo extraordinario. Tiene mucho talento. ¡Cómo que ha llegado a jefe de exportación de una casa manufacturera de navajas de seguridad! Afecita a toda la América española... y a parte de Europa.

CAPABLANCA

*(Irónico.)* Entonces, debe ser una barbera internacional.

NICASIO

Es una mujer extraordinaria... *(Pequeña pausa.)* Y quiero advertirte de algo... *(Pensativo.)* Aquí vas a ver otra de esas cosas que en Nueva York te parecen vueltas de revés...

CAPABLANCA

*(Irónico.)* ¿Algún tren pasando por debajo del río o por sobre los tejados de las casas?...

NICASIO

Yo no entiendo bien el lenguaje de ustedes los poetas, pero si Gume Bello tiene razón, el verde tropical que te humedece los ojos puede tornársete aquí en azul de mar...

CAPABLANCA

Ahora soy yo quien no entiende ni jota...

NICASIO

Si te explico posiblemente vas a entender menos. Anoche te oí decir que buscabas temas... Pero realistas. Nada de fantásticos ni pelicularos. Te va a ser muy difícil, porque la realidad de aquí jamás te va a parecer realidad.

CAPABLANCA

Ya sé que éste es el país de la película; pero a pesar de ello, me parece que Hollywood fantasea demasiado.

NICASIO

*(Pensativo y después de una ligera pausa.)* Mira, chico... ¡No sé cómo decírtelo! De alguna manera debo prevenirte. *(Bajando el tono de la voz.)* Aquí... en esta casa, Arturo no parece el marido. *(Aclarando rápidamente.)* Aunque lo es, sí, lo es. Claro que lo es. Aquí el marido parece Roberto... Pero, por lo más que quieras, no los confundas. Arturo es, el que conociste hace un momento.

*Capablanca sonríe con aire de comprensión.*

CAPABLANCA

Bah, hombre... ¿El eterno triángulo? Eso es corriente en cualquier parte.

NICASIO

Mejor es no seguir explicándote... Pero quiero que sepas que aquí no hay tal triángulo. Y que el marido es Arturo.



CAPABLANCA

Y el otro el amante.

NICASIO

No, señor... *(Otra vez pensativo.)* Si yo fuera Gume Bello, quizá podría explicarte mejor. Ustedes, los poetas, cuando les hace falta una palabra, la inventan...

CAPABLANCA

Pues para eso el lenguaje decente sólo inventó una: amante.

NICASIO

Pues... No señor, no es eso. La palabra amante, aunque yo no soy entendido en tiquis miquis idiomáticos, me parece que cubre también... ¡vamos, los hechos! *(Pequeña pausa.)* Yo diría "amador"...

CAPABLANCA

¿Pero tú lo que quieres decir es que él no es correspondido por ella? ¿Que no lo quiere? ¿Que lo rechaza?

NICASIO

¡Qué sé yo! No sé... No te puedo explicar...

*Entra Luisín. Transición.*

LUISÍN

*(Alegre.)* Nicasio: Tengo una "partner" que tiene dos amigas. *(Entusiasmado.)* Acabo de hablar con ella por teléfono y las tres están libres esta noche. Podríamos ir al "party" de la 114;

y llevarnos al señor con nosotros... *(Chupándose los dedos.)* Son tres irlandesitas que las parten. *(A Capablanca.)* ¡Tres melocotoncitos irlandeses, señor escritor!...

CAPABLANCA

¡Magnífico! ¿Qué dices, Nicasio? Si estoy loco por tener una amiga americana para practicar mi inglés...

NICASIO

*(A Luisín y sin entusiasmo.)* Pues llámalas y compromételas. Iremos.

*Sale Luisín cruzándose con Roberto que entra.*

ROBERTO

*(A Capablanca.)* Buenos días...*Capablanca se pone de pie.*

CAPABLANCA

Buenos días...

NICASIO

Debo presentarlos. *(A Capablanca.)* Este es Roberto, de quien te hablaba hace unos momentos. *(A Roberto.)* Un amigo, Ernesto Capablanca...

*Roberto y Capablanca se estrechan las manos.*

ROBERTO

¿Pero hablaban de mí?

NICASIO

Decía a Capablanca... que ustedes van a simpatizar. También te dije a ti lo mismo...

ROBERTO

(A Capablanca.) Nicasio me habló de la reunión de anoche en la 110. Yo también solía ir por allí hace algún tiempo.

CAPABLANCA

¿Pero es usted también del grupo?

ROBERTO

Tanto como del grupo, no... He ido por esa cafetería con alguna frecuencia; he visto algunos de los escritores que han establecido su peña allí, pero no pertenezco al grupo ni soy escritor... Conozco de vista a Gume Bello, y he oído hablar mucho de él.

CAPABLANCA

Es un hombre brillante y escribe versos buenos... Me parece un poco vanidoso.

ROBERTO

Sí; bastante. Más de lo que usted imagina. Y no sólo en lo que respecta a su labor literaria, que fuera de la media docena de poemas que le habrá recitado a usted de carretilla... todo lo que ha hecho es traducir títulos de películas.

CAPABLANCA

(Irónico.) Parece que tiene usted buenos informes...

ROBERTO

La fuente es bastante buena: amigos íntimos del poeta. Presume de hombre hermoso y de Don Juan irresistible. ¿A que usted no sabe qué hace para conservar lo blanco de los ojos claro y las pupilas brillantes?

CAPABLANCA

¡Hombre, en ese detalle de tocador!...

ROBERTO

Pues se echa jugo de limón en los ojos...

NICASIO

¡Qué bárbaro!

CAPABLANCA

Eso es peor, de seguro, que darse una "permanent" o que operarse las patas de gallina... ¡Ahora me explico por qué me decía que aún tengo los ojos húmedos de verde tropical!...

ROBERTO

La frase no está mal.

CAPABLANCA

Espero no le dará usted la razón. El me decía eso cuando yo explicaba mis reacciones ante cosas como la que usted acaba de relatarnos.

NICASIO

No se enfraquen ustedes en una polémica... Con perdón (Se

*levanta.)* Voy por unos instantes a la habitación. *(A Roberto.)*  
Recuerda que tú no eres poeta...

*Inicia el mutis.*

ROBERTO

Claro que no. *(Sale Nicasio.)* Yo, los leo de vez en cuando.  
Con mucho gusto a los muy buenos y con mucho regocijo a los  
muy malos...

CAPABLANCA

¿Los muy malos?

ROBERTO

Sí; los muy malos. No hay nada tan divertido como un poeta  
muy malo. Los que son... meramente buenos, me fastidian...

*Entran María y Matilde. María apoyada en el brazo de su  
hermana. Viste "négligé" azul celeste. Sus movimientos son los de  
una persona convaleciente. Roberto se pone de pie, alarmado.  
Capablanca también se levanta.*

ROBERTO

¡Pero, mujer! ¿Cómo has salido?

MARÍA

Si estoy bien ya... ¿No me permitían en el hospital caminar  
por la habitación?

ROBERTO

*(Haciendo las presentaciones de rigor.)* La señora Avila de  
Molina... Su hermana Matilde... El escritor Ernesto Capablanca.

CAPABLANCA

*(Con inclinaciones corteses.)* Mucho gusto, señora. Es para  
mí un placer, señorita...

*María y Matilde contestan con ligeras inclinaciones de cabeza  
también. Luego van a sentarse al sofá. Capablanca se sienta en una  
butaca. Roberto permanece de pie, junto a María.*

ROBERTO

*(A María.)* ¿Por qué no pides una almohada para que reclines  
un poco el cuerpo?

MARÍA

Estoy perfectamente bien así. ¿El señor es el escritor amigo  
de Nicasio?

CAPABLANCA

Servidor de usted, señora.

ROBERTO

*(En tono suave a María.)* ¿Por qué saliste? Aún estás débil...

MARÍA

Salí para conocer al señor Capablanca... Como ustedes no lo  
llevaban a conocerme a mí...

CAPABLANCA

Muchas gracias, señora. Es un honor...

MARÍA

*(Interrumpiéndolo.)* Le advierto que entre conocer a otros y que me conozcan a mí, prefiero lo primero...

CAPABLANCA

*(Muy cortés.)* Aún así, es un alto honor...

MARÍA

*(A Capablanca.)* ¿Qué le parece nuestra ciudad?

CAPABLANCA

¿Cuál?

MARÍA

Nueva York. Yo soy de aquí, tanto como el puente del Hudson. Al puente también hubo que situarlo sobre el río. Lo fueron formando pieza a pieza...

ROBERTO

*(Sonriendo.)* Y a María también... Pieza a pieza.

MARÍA

*(A Roberto.)* Tú sabes que cuando llegué a este país era todavía: ¡casi una niña!... Pero, se está desviando mi propósito hacia una ruta completamente opuesta. Yo he venido a conocer al señor Capablanca, no a que tú hagas que el señor Capablanca me conozca a mí.

MATILDE

Esta es su media hora de las preguntas directas.

CAPABLANCA

*(A Matilde.)* ¿Puede saberse qué es eso...? *(Irónico.)* Si ello no conduce al conocimiento de la señora...

MARÍA

Aunque la pregunta no es del todo directa... voy a explicar...

ROBERTO

Es la regla número 10...

MARÍA

*(A Roberto.)* Permítame que explique yo... Sí. Es la Regla Número 10 del Decálogo de la Voluntad. Yo la practico al pie de la letra. Durante media hora todos los días una debe guardar silencio en lo que respecta a una misma. La imaginación debe quedarse dentro de una. Buscando la realidad de nuestra conciencia... Y sólo responder a preguntas directas.

CAPABLANCA

*(Simulando al principio que ha tomado la cosa en serio, pero luego irónico.)* ¡Muy interesante! ¡Muy interesante! No; si ya sé que por quince centavos aquí, en cualquier librería, venden un método para la felicidad...

ROBERTO

*(Guasón.)* La gente los compra por millones...

MARÍA

Y muchos aprenden a ser felices. Con no más de diez lecciones del método, que no pasa de veinte...

## CAPABLANCA

*(Extrañado.)* No me va usted a decir que cree seriamente en eso, señora...

## MARÍA

¿Por qué no? La felicidad está en que la gente crea que puede ser feliz. Y además en que lo es... Si un medio efectivo para lograr que lo crean y que lo sean es el método, ¿pues déles un método, hombre!

## NICASIO

Arturo está preparando unos macarrones sabrosísimos. ¡Italia entera ha inundado en olores la cocina!...

## MARÍA

Los macarrones son la especialidad de mi marido. Y el plato favorito de Roberto...

## ROBERTO

Sí, no lo niego. Pero, además, también es favorito tuyo. Siento que hoy no los puedas comer.

## MARÍA

¿Por qué no?

## MATILDE

No puedes...

## ROBERTO

El doctor Foster...

## MARÍA

*(A Roberto.)* Deja ahora quieto al doctor Foster. Hoy yo como macarrones.

## NICASIO

Que los coma si tiene deseos...

## MARÍA

*(A Roberto.)* Y tú también. Te quedarás a almorzar con nosotros. Con permiso del señor Capablanca...

*Se levanta. Capablanca se pone de pie, con gesto de cortesía.*

## CAPABLANCA

Lo tiene usted, señora.

*Sale María, apoyada en Matilde.*

## ROBERTO

Entonces, me quedaré a almorzar. Voy a llamar por teléfono a casa, para que no me esperen.

## NICASIO

*(A Roberto.)* Cualquiera diría que nunca comes fuera...

## ROBERTO

Pero hoy advertí que iría a almorzar...

*Sale rumbo al comedor.*

## NICASIO

*(Con entusiasmo.)* ¡Ya verás, chico, qué macarronada!

CAPABLANCA

Es de gran utilidad para un hombre conocer algo de cocina, para casos como éste, en que la mujer se enferma...

NICASIO

Te advierto que éste no es un caso de excepción en la casa. Aquí María jamás pisa la cocina. ¡Con lo que tiene ella que trabajar en su empleo!

CAPABLANCA

Entonces...

NICASIO

Que es Arturo el que cocina siempre. Aquí en Nueva York las familias que no son ricas, no pueden pagar servicio. En esta casa todo el servicio doméstico lo hace Arturo.

CAPABLANCA

*(Extrañado.)* ¿Cómo dices?...

NICASIO

Arturo es uno de los mejores cocineros de restaurantes de tercera... Tiene una experiencia muy amplia. Además, ha trabajado como "Counterman", mozo de restaurante, "houseman" de hotel.

CAPABLANCA

*(Más extrañado aún.)* ¿De qué?

NICASIO

De "houseman". ¿Tú no sabes lo que es un "houseman"?: hombre de casa. Es uno de los muchos ayudantes de las amas de llaves en los hoteles. El "houseman" limpia los espejos, las ventanas, las lámparas, las alfombras; cuida de los muebles...

*Capablanca camina por la escena, moviendo la cabeza, extrañado.*

CAPABLANCA

Y Arturo...

NICASIO

Pocos cocinan como él. Pocos limpian un espejo mejor que él. Pocos conocen mejor que él el secreto de una mesa bien servida. Nadie, como Arturo, sitúa los muebles en una sala o en una alcoba...

CAPABLANCA

¿Pero qué cosa es ésta? Yo no entiendo. ¡Su mujer trabaja! ¡En un gran puesto! ¡Jefe de un departamento de exportación en una casa manufacturera de gran importancia!

NICASIO

*(Con naturalidad.)* Así es. Así es...

CAPABLANCA

Y tiene un amigo que en la propia casa parece el marido...

NICASIO

Sí; así es...

CAPABLANCA

¡El amante!

NICASIO

*(Rectificando rápidamente.)* No; eso no...

CAPABLANCA

Pues, lo que tú quieras; el amador...

NICASIO

Te he dicho...

CAPABLANCA

A este amigo tuyo en mi país se le llama pepejembra...

NICASIO

Gume Bello tiene razón. Tú tienes los ojos anegados en verde tropical.

CAPABLANCA

¿Pero qué es esto? ¡Dime! *(Indignado.)* ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos, Dios santo?

NICASIO

Pues en Nueva York, chico, en Nueva York.

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

*En el mismo lugar, el sábado siguiente y poco después del anochecer. Nieva. Ha nevado durante casi todo el día.**En escena Isabel y Matilde, ambas sentadas en el sofá. Entre las dos, varios paquetes de artículos recién comprados que Matilde va mostrando a Isabel.*

MATILDE

*(Alegre.)* ¡Fíjate qué medias! ¡A tres pares por dólar!

ISABEL

Es que son de segunda. Algún defecto tienen. ¡Claro!, tú no lo ves...

MATILDE

Un defecto que no se ve, es como si no lo fuera...

ISABEL

Hasta que alguien lo descubre y te lo muestra.

MATILDE

*(Pasando a otro paquete, que deja sin abrir.)* ¡Qué de cosas traigo!

ISABEL

De seguro que has dejado el semanal en los "Cinco y Diez".

MATILDE

Las muchachas pobres, decentes y sin novio en esta ciudad no podemos ser generosas con nosotras mismas; y tenemos que convertirnos en escaparates andantes de los "Cinco y Diez". *(Se levanta y coloca los paquetes sobre la mesa-velador. Pequeña pausa.)* ¿Y la demás gente?

ISABEL

Sólo Arturo está en casa. Ha pasado la tarde entera bre-gando con unos muebles nuevos que compró para la alcoba y el cuarto-tocador de María.

MATILDE

¿Muebles nuevos?

ISABEL

Quiere darle la sorpresa a María... Ella nada sabe.

MATILDE

Pero María...

ISABEL

Salió con Capablanca esta mañana, según me dijo Arturo.

MATILDE

*(Alarmada.)* ¡Otra vez! ¿Por qué se habrá entusiasmado María con la amistad de ese hombre?

ISABEL

No me parece una mala persona...

MATILDE

Pues a mí me está un tipo artificioso. Roberto dice que es hueco, y que se rellena con la imaginación de los otros. Cogiéndola aquí y allá... en periódicos y libros.

ISABEL

*(Levantándose.)* Roberto le ha cogido tirría. Como ahora es Capablanca quien acompaña a María a todas partes... Roberto... ¿sabes?... está celoso.

MATILDE

¿Celoso?

ISABEL

Sí, mujer, celoso... Los celos en los amigos a veces son tan fuertes como en los amantes... Hoy Roberto ha estado aquí dos veces, y ha llamado más de tres por teléfono.

MATILDE

María no debiera salir aún con tanta frecuencia.

*Entra Arturo, arreglándose las mangas de la camisa que las tiene subidas. Transición.*

ISABEL

*(A Matilde.)* Fíjate en éste. Afuera, nevando; y él aquí, suda...



MATILDE

(A Arturo.) Conque ¿has comprado muebles nuevos?

ARTURO

(Señalando a Isabel.) ¿Te lo ha dicho ésta? Sí... He querido darle la sorpresa a María. (Con entusiasmo.) Sé que habrá de alegrarse mucho... (Transición.) ¿Cómo no viniste a almorzar ni a comer? ¡Se conoce que hoy es sábado! Sólo Isabel ha comido en casa.

MATILDE

Fui a *Down Town* por unas chucherías, visité las Rodríguez y me hicieron pasar la tarde con ellas. ¡Voy a ver esos muebles!

*Sale, llevándose sus paquetes.*

ISABEL

Arturo, María no sabe todo lo que tú vales.

ARTURO

Lo sabe y lo aprecia.

*Suena el timbre. Abre Arturo y entra Nicasio. Trae partículas de nieve sobre los hombros del abrigo.*

NICASIO

(Desprendiéndose pesadamente del abrigo, con muestras de cansancio.) ¡Hola!

ARTURO

Otro que retorna...

NICASIO

Con los huesos molidos. ¡Sábado! ¡Y tuve que trabajar "overtime"!... Voy a tirarme un momento.

*Sigue hacia el interior del apartamento, con el abrigo doblado en el antebrazo.*

ISABEL

Es horrible esta vida de continuo trabajo. La fábrica exprime...

ARTURO

¿Y qué la vas a hacer? El mundo está dividido en dos grupos: Los que tienen que trabajar para comer y los que sin trabajar comen de lo que trabajan los otros...

ISABEL

¿Y por qué nos tocó a nosotros en el de los que trabajan?

ARTURO

Cada grupo tiene una contestación distinta para esa pregunta.

*Entra Matilde.*

MATILDE

(Entusiasmada.) ¡Preciosos! ¡Preciosos, Arturo! ¡Qué contenta va a estar María!

ISABEL

En esa cama nueva me tiraría yo para no levantarme en lo que resta del invierno...

*Sale por la derecha.*

MATILDE

Arturo, me parece que María está saliendo con... demasiada frecuencia.

ARTURO

Si ya está recuperada del todo. Si hubiese oído a Roberto, aún seguiría encerrada en las paredes de su habitación, y espantándose a cada momento con el fantasma vivo del doctor Foster.

*Suena el timbre. Abre Arturo, entrando Roberto. Su sombrero y su abrigo retienen restos de nieve menuda.*

ROBERTO

Buenas noches.

*Se desprende del sobretodo, que lleva con el sombrero a la percha.*

ARTURO

¡Buenas noches, hombre!... Aquí hablábamos Matilde y yo de ti en este preciso momento.

ROBERTO

¿De mí?

MATILDE

Decía Arturo que si María te hubiese escuchado, aún seguiría en su habitación... Espantándose con el fantasma vivo del doctor Foster.

ROBERTO

Pues aún mantengo el mismo criterio. Creo que María no ha debido exponerse tan pronto a las brisas heladas...

ARTURO

Si está perfectamente bien ya.

MATILDE

*(A Roberto.)* Tú le decías que no saliera; pero el miércoles la llevaste al cine.

ROBERTO

*(Amargado.)* El martes ya había salido... Con Capablanca por la mañana y con Arturo por la noche.

ARTURO

Pues hizo bien el martes y el miércoles y el jueves y el viernes y hoy... El lunes María volverá a la oficina.

*Sale Matilde hacia el interior del apartamento.*

ROBERTO

*(Encendiendo un pitillo.)* Si María apenas ha salido de la enfermedad...

ARTURO

Ha recuperado con rapidez asombrosa. Está cambiada. Le ha despertado otra vez aquel entusiasmo que antes sentía siempre por todo... Hasta por lo decorativo. La ciudad, el panorama, las cosas... Hoy la vi emocionarse con la caída de la nieve. Se acercó al ventanal y me dijo: "Fijate... el cielo le hace el amor a la tierra y se le da a pedacitos".

ROBERTO

¡Qué cursilería!

ARTURO

¿Cursilería?

ROBERTO

Y, además, vanguardista. Una cursilería vanguardista.

ARTURO

*(Irónico.)* Quizá lo cursi y lo vanguardista tengan también su emoción... Yo vi la emoción de sus palabras en sus ojos, más limpia que la nieve.

ROBERTO

Pues entre eso y un verso vanguardista, no hay diferencia alguna. Como que la frase parece hechura de Capablanca.

ARTURO

*(Hiriente.)* Por lo visto, tú andas... por la retaguardia.

ROBERTO

*(Amargado.)* Yo no ando con nadie... Pero sé cuándo una cosa es cursi e idiota... *(Pequeña pausa. Transición.)* Creí que María estaría ya en casa...

ARTURO

Esta tarde, poco después de tú marcharte, telefoneó Capablanca para decir que comerían fuera...

ROBERTO

*(Poniéndose de pie y con expresión agría.)* Tengo necesidad

de ir a Harlem temprano esta noche. Si María regresa antes de volver yo, dile que estaré aquí a eso de las nueve.

*Inicia el mutis, luego de coger su abrigo y su sombrero. Entra Nicasio.*

NICASIO

*(A Roberto.)* ¿Te marchas?

ROBERTO

Volveré...

*Sale por la izquierda.*

NICASIO

*(Sentándose.)* He tenido un día perro...

ARTURO

Yo he trabajado bastante. Compré aquellos muebles de que te hablé y he pasado la tarde atareadísimo. Trabajando a toda prisa, para cuando María llegue... que lo encuentre todo... en cada sitio cada cosa... Cada cosa tiene su sitio nuevo.

*Suena un timbre, abre Arturo y entra Luisín.*

LUISÍN

*(Jubiloso.)* ¡Hola, señores!

ARTURO

¿Qué tal?

NICASIO

¿Qué se cuenta?

LUISÍN

Me he cruzado con Roberto. ¡Qué cara más trágica tiene ese hombre hoy! Apenas si se le abrieron los labios para decir buenas noches.

*Se desprende del abrigo rápidamente.*

ARTURO

Habrás perdido en la jugada de Harlem...

LUISÍN

*(Alegre.)* Tengo baile.

ARTURO

Como todos los sábados.

NICASIO

¿Vas a Harlem?

LUISÍN

*(Misterioso.)* No... *(Pequeña pausa.)* Algo mejor... Esta noche voy al Ritz.

ARTURO

¿Al Ritz?

LUISÍN

Sí; señores... Al Ritz. ¿Parece extraño?

NICASIO

No. A mí no me extraña.

ARTURO

Ni a mí tampoco. Esa es una de las ventajas de Nueva York: se doblan sábanas en el Pennsylvania y se baila en el Ritz...

LUISÍN

Bueno, pero...

NICASIO

¿Pero qué?

LUISÍN

Que son imprescindibles ciertos requisitos.

ARTURO

Tener la piel blanca.

NICASIO

Y el "smoking" fuera de la casa de empeño.

ARTURO

Y algunos dólares en el bolsillo, aunque no pasen de diez.

LUISÍN

*(Con tono grave.)* Pero..., además, para bailar con quien bailaré yo esta noche *(inflando la expresión)*, con la bella y subyugante y distinguida hija del señor embajador de mi país en Washington, se necesitan otras cosas que no son todas esas juntas.

NICASIO

*(Irónico.)* No irás a sacarnos ahora lo de la sangre azul. A lo

mejor tienes allá abajo en Centroamérica unos cuantos primos chorotegas...

LUISÍN

Las cinco generaciones de mis Iturrondo en América jamás se han cruzado... *(Ceremonioso.)* Y ahora, permitidme que me retire...

*Sale por la derecha.*

NICASIO

Este vive para doblar sábanas y para bailar.

ARTURO

Poco más podría hacer él aquí en Nueva York. *(Suena el timbre, abre Arturo y entran María y Capablanca. María viste abrigo de pieles.)* ¿Qué dice la gente paseadora?

CAPABLANCA

*(Quitándose el abrigo y los guantes, mientras Arturo ayuda a María a desprenderse de su sobretodo, que luego lleva hasta la percha con el de Capablanca.)* Muy buenas noches, señores. Aquí traigo a la dama andante...

MARÍA

¡Hemos tenido un magnífico día! La mañana en el Parque Central. La tarde en "Van Corland". Con intermedios para almorzar y abrigarnos, no más de una hora, en algún que otro cine... Comimos en "Up Town". *(Se van sentando.)* Cerca de aquí. ¡Delicioso! ¡Delicioso! ¿Verdad, Capablanca? ¡A ver! ¿qué dice como epílogo el señor de los ojos mojados en verde?

CAPABLANCA

Que el epílogo será la función de teatro... y que la frase de Gume Bello se va perfeccionando según parece. El dijo: Tiene usted los ojos "húmedos" de verde tropical. Nicasio varió más tarde el calificativo, diciendo "anegados"... Y usted, María, dice ahora "mojados"... *(Todos ríen.)* Pero, en cambio, a usted la veo...

MARÍA

¿Cómo me ve usted a mí?

*Coqueta.*

CAPABLANCA

Como algo donde el blanco logra su triunfo definitivo sobre todos los demás colores: ¡hecha de nieve y de lirio!

*Arturo, María y Nicasio ríen.*

NICASIO

Chico, pero la nieve es fría...

MARÍA

Y yo también soy fría...

*Coqueta aún.*

CAPABLANCA

Usted es un lirio de los trópicos que ha florecido en la nieve de los nortes... *(A Nicasio.)* ¡Hombre!, a mí la nieve hoy no me pareció fría.

NICASIO

Eso es pura literatura...

CAPABLANCA

Nada de literatura. En todo caso, de la naturaleza, que es sabia. Como no dio a los nortes el variante de los verdes del trópico, hace en invierno que el ciclo recoja toda la espuma de la mar y la vierta sobre la tierra en lluvias menudas de copos blancos...

NICASIO

Se conoce que tú no tienes que trabajar en Nueva York.

CAPABLANCA

Para saber que la nieve es bella y no fría no hace falta trabajar, ni aquí ni en ninguna otra parte...

ARTURO

Para saber que es fría...

NICASIO

*(Casi arrebatándole la palabra a Arturo.)* Todo lo que hace falta es tener que trabajar para vivir, y levantarse a una hora temprana para ir al empleo... *(Hablando rápidamente.)* Se viste uno a toda prisa, después de haberse lavado también a toda prisa. A toda prisa desayuna. Sale a toda prisa... y asoma la nariz a la calle. No tiene uno que asomar toda la nariz. Basta con un cuarto de nariz, o, si se quiere, con un octavo. *(Imitando el tono poético de Capablanca.)* Sube del Hudson una brisa que ha recogido antes en el río los lirios de la nieve y te los echa por las narices adentro... *(María, Arturo y Capablanca ríen.)* Y después, a abrir el caminito blanco de la acera que conduce hasta la estación del "subway".

MARÍA

Es la amarga caricatura de la realidad proletaria. *(A Capablanca.)* Levántese usted el lunes temprano y tome un expreso hacia *Down Town*... Rostros... Rostros que leen periódicos, castañetean de frío o inician el bostezo del fastidio diario, que sólo ha de terminar cuando, de regreso a las casas por la noche, se les cierran los ojos hasta el otro día.

CAPABLANCA

Me parece que se contagia usted, señora. Su optimismo cuando recorríamos el Parque Central esta mañana...

MARÍA

Ningún contagio. Es que yo, como la ciudad misma, relleno mis sueños de la realidad. La nieve es bella y es fría...

NICASIO

*(A Capablanca.)* Aún no te hemos presentado el dictador que tenemos aquí. Es mucho más inflexible que Mussolini.

CAPABLANCA

*(Irónico.)* ¿Dónde está ese bello Adolfo?

NICASIO

En todas las casas de todos los trabajadores. Se trata del señor Despertador...

CAPABLANCA

¿Y tú te rindes a su tiranía?

ARTURO

No hay más remedio.

MARÍA

Luisín asegura que Nicasio tiene sus rebeldías.

NICASIO

Y lo siento por él; pero, de algún modo tengo que vengarme... El sábado por la noche yo doy al despertador toda la cuerda. El domingo por la mañana, cuando la campanilla revuelve el frío en la habitación, le grito ¡hoy es mi día!... ¡que se te rompan las chillonas entrañas! ¡Y me vuelvo de cara a la pared!

*Todos ríen.*

ARTURO

*(Transición.)* María, tengo algo para ti en la habitación.

MARÍA

¿Qué es?

ARTURO

Quiero que te enteres, viéndolo.

MARÍA

¡A ver, qué sorpresa me tiene mi marido! Con permiso de ustedes...

*Salen María y Arturo hacia el interior del apartamento.*

NICASIO

*(Aproximándose a Capablanca y poniéndole la mano en el hombro.)* Parece que has cambiado de criterio en cuanto a María.

CAPABLANCA

Lo confieso. Al principio me dio la impresión de una mujer demasiado modernizada... por conveniencia. Y de una pedantería inaguantable. Ahora...

NICASIO

¿Y Arturo?...

CAPABLANCA

En cuanto al marido... No he tenido motivos para variar mi opinión. *(Pequeña pausa.)* No sé, no sé... Hay algo que no está claro, que no logro comprender...

NICASIO

*(Sentándose cerca de Capablanca.)* ¿Y esa carrera por los parques nevados?

CAPABLANCA

*(Con entusiasmo.)* Estupenda, chico, estupenda...

NICASIO

Cuidado dónde puedan parar.

CAPABLANCA

No será en las Cataratas del Niágara.

NICASIO

De eso estoy seguro. María no es mujer que va a Reno de temporada todos los años.

CAPABLANCA

Puede equivocarse uno respecto a ella si no la estudia bien. No es mujer fácil. A veces, a pesar de su feminidad y de su belleza, se le trastrueca a uno y le parece un camarada... un compañero que habla de todas las cosas, si no con un conocimiento profundo, con visión bastante precisa y rápida.

NICASIO

Así es, así es...

CAPABLANCA

A esta mujer la han hecho a paletazos de realismo y romanticismo, porque yo creo que es una romántica empedernida.

NICASIO

Pero, hombre, ¿en qué quedamos? Primero dijiste que de lirio y nieve...

CAPABLANCA

Eso lo dije... para ella. Precisamente, porque me parece en el fondo una gran romántica...

NICASIO

Mira, chico, como amigo que eres debo decirte que te andes con cuidado. A María, una vez que se pone de bromas, no le

basta con una simple tomadura de pelo... Recuerda que es experta en navajas de afeitar...

CAPABLANCA

No, si ya sé que es muy agresiva. (*Riendo.*) Me relató su entrevista con Einstein, cuando el eminente sabio estuvo en este país por primera vez. Fue a verlo para proponerle que dijese públicamente que usaba las navajas de seguridad fabricadas por la casa para la cual ella trabaja. Pero, frente al gran sabio, apareció la romántica que hay en María. Y terminó por irse a ver las tijeras que usa el peluquero del matemático.

*Rie.*

NICASIO

No sabía eso... ¿Y para qué?

CAPABLANCA

¡Hombre! para ver si era posible utilizar la clase de acero de esas tijeras en la fabricación de navajas de seguridad.

*Ambos ríen. Entran Arturo y María.*

MARÍA

Parece que se divierten ustedes...

CAPABLANCA

Contaba a Nicasio lo de Einstein... Mejor dicho, lo de usted.

MARÍA

Eso no tiene importancia. Usted no debe dársela, tratando de conciliar mi realidad con su imaginación. Ya le he dicho que no



soy una romántica. *(Transición.)* Mi marido me ha regalado un juego de muebles nuevo. ¡Preciosos! *(A Arturo.)* Otra vez, Arturo: te lo agradezco mucho.

NICASIO

*(Saliendo por la derecha.)* La semana pasada me habló Arturo del regalo.

ARTURO

Sí; era un proyecto...

CAPABLANCA

Los felicito a ambos. La mujer es una paloma cuyo nido de amor hay que renovar... Así también el amor se renueva.

ARTURO

En cuanto a eso le advierto que...

MARÍA

¡Ah, el eterno y manido concepto del amor a lo palomas en nuestros países!

CAPABLANCA

Señora...

MARÍA

El autor del símbolo romántico del amor a lo palomas... estoy segura de que fue un hombre. Claro, aplicándolo a la mujer nada más. El símbolo no se aplica a él. Mejor dicho, no se lo aplica

él... La parte de persona que, hasta en el amor mismo, corresponda a la mujer, se la coge para sí el hombre.

ARTURO

María, me parece que eres injusta...

MARÍA

Si hablara de mi caso, sí. Pero no es de mi caso que hablo. Capablanca me ha hecho ver, en desfile por su pensamiento y por sus reacciones, el pensamiento, las reacciones, los vicios, los errores y los aciertos de nuestros países. Así es el hombre hispanoamericano...

CAPABLANCA

*(Sonriendo.)* Señora... ¿me ha tomado usted por un conejillo de Indias?

MARÍA

¡No, hombre, por Dios! Por cuadro, sí. Una especie de cuadro vivo y cinematográfico, en movimiento perenne.

ARTURO

*(En broma.)* Entonces, el amigo Capablanca podría hacer fortuna en Hollywood.

CAPABLANCA

Por lo visto.

MARÍA

Si traduce en argumentos pelicularos lo que han recogido su

sicología y su imaginación... ¿por qué no? (Irónica.) Y si mete el corazón de la mujer en la pechuga de la paloma... ¡Claro, que Capablanca prefiere las palomas con las alas cortadas!...

CAPABLANCA

Se equivoca usted. Como cuestión de preferencia... yo aspiraría al palomar entero. En amor mi filosofía es la de Yerobi. ¿Conoce usted el soneto de Yerobi?

MARÍA

No. Dígalo usted.

ARTURO

¡Dígalo, hombre!...

CAPABLANCA

*Recitando.*

Como un ir y venir de agua de mar,  
así quisiera ser en el querer,  
dejar a una mujer para volver,  
volver a otra mujer para empezar.

Golondrina de amor en anidar,  
huir en cada otoño del placer  
y en cada primavera aparecer  
con nuevas, tibias alas que brindar.

¡Esta, aquélla, la otra!... Confundir  
de tantas dulces bocas el sabor,  
y al terminar la ronda repetir.

¡Y no saber jamás cuál es mejor!  
¡Y siempre, ola de mar, ir a morir  
en sabe Dios qué playa del amor!

ARTURO

Muy bellos versos.

MARÍA

Y nada más que eso: bellos. Los escribió un hombre y resultan el ideal amoroso de millones de hombres... Pero, piensen por un momento en que pudiese ser una mujer la autora de ese soneto; y que en lugar de referirse a mujeres, aludiera a hombres. (Recitando.) Este... aquél... el otro... ¿Qué diría usted a eso, señor Capablanca?

CAPABLANCA

Que Yerobi fue varón, señora.

MARÍA

Ya lo había dicho yo. Pero suponga por un solo instante que esos versos los escribió una mujer. Alguna gran poetisa de esas que tienen ustedes por allá abajo en la América del Sur. ¿Qué sería del nombre de Juana de Ibarbourou, pongamos por caso, al calce de esos versos?

CAPABLANCA

También hay algunas poetisas que... No crea, no crea...

MARÍA

Sí... Sé que hay algunas de expresión ferviente. Ustedes los

hombres, dicen "atrevida"... *(Pequeña pausa. Sonríe.)* Mire usted, Capablanca: esa es una cuestión más profunda de lo que parece. La opinión siempre se plantea los problemas de más fibra humana en términos exclusivamente de hombres, como bien dice el francés Mounier; porque la mujer, extraviada en el laberinto confuso de persona que se busca en una mera cosa, nace, crece, siente, vive y muere sin atreverse a derrumbar las puertas que la ciudad le cierra.

ARTURO

Nueva York no las cierra, las abre...

MARÍA

Nueva York va siendo la excepción. Cuando el sociólogo francés dice "ciudad", quiere significar sociedad. La organización social. La opinión pública, el estado, el hogar, la familia...

CAPABLANCA

Si me acepta como empresario la llevo a la América del Sur, a dictar unas conferencias sobre el tema...

MARÍA

*(Riendo.)* No sea usted guasón. *(Se levanta.)* A vender navajas de seguridad es a lo que puedo ir yo un día a nuestros países. Eso es lo que hace falta en las capitales suramericanas: vendedoras de navajas. Hasta ahora la casa no tiene una sola mujer como agente en Hispanoamérica.

CAPABLANCA

*(Transición.)* Creo que debo marcharme. No olvide que ven-

dré pronto, para que vayamos al teatro. No quiero perderme esa comedia *(burlón)*... donde el amor corrige sus propios errores.

*Se levanta. Arturo le entrega el abrigo y el sombrero.*

MARÍA

La crítica dice que se trata de una comedia de mucho éxito.

*Entran Nicasio y Luisín, este último vistiendo "smoking".*

NICASIO

*(A Capablanca que inicia el mutis.)* ¿Te marchas?

CAPABLANCA

Sí; para volver...

MARÍA

Me ha invitado al teatro y he aceptado...

CAPABLANCA

Hasta el momento...

*Sale por la izquierda.*

MARÍA

Con perdón de ustedes, voy a cambiarme.

*Sale por la derecha.*

ARTURO

*(A Luisín.)* Esta noche tiembla el Ritz...

NICASIO

Se desploma... y el estrépito retumbará en el Pennsylvania...

LUISÍN

Quizás aquí... He invitado a Matilde.

NICASIO

En ese caso, tienes razón. El estruendo retumbará aquí, para desgracia nuestra.

ARTURO

(A Luisín.) Ten mucho cuidado con Matilde, que las puertorriqueñas son agresivas...

LUISÍN

No lo dirás por experiencia propia, porque María...

*Entra Matilde, vestida para salir, y luego Isabel.*

NICASIO

(A Matilde.) Cuidado con el Ritz...

MATILDE

No me pasará lo del cabaret contigo.

ARTURO

No, ¡por Dios!, nada de garatitas ahora...

NICASIO

Descuida, hombre, si hoy yo podría ir a la Liga de las Nacio-

nes a defender la paz universal... (A Isabel.) ¿Y tú, no sales esta noche?

ISABEL

(Con desgano.) Iré a cualquier cine de esos...

ARTURO

El cine es para la gente sin imaginación.

LUISÍN

¡Hombre! ¿Será por eso que va tanta gente a los cines en Nueva York? (A Matilde.) Ve por tu abrigo, muchacha...

MATILDE

¿Nos vamos ya?

NICASIO

Es para tener tiempo de saludar a los amigos, que los de Luisín no son pocos...

ISABEL

Y bien escogidos: hijos, sobrinos y primos de diplomáticos y cónsules.

NICASIO

De sangre azul.

LUISÍN

(A Matilde.) No hagas caso a éstos. Ve por tu abrigo.

*Matilde, sonriendo, sale por la derecha.*

NICASIO

(A Luisín.) No olvides de dar orden al chófer del taxi para que no espere frente al hotel...

LUISÍN

El mío aguarda siempre en la estación del "subway"...  
*Sale por la derecha.*

ISABEL

La noche del sábado no se puede perder...  
*Sale hacia el interior del apartamento.*

NICASIO

Y tú, Arturo, ¿no tienes programa esta noche?

ARTURO

Yo siempre tengo algo que hacer. Para eso Dios me dio imaginación... Saldré un momento, a comprar unos periódicos.  
*Entran Isabel y Luisín, ambos listos para salir.*

ISABEL

(Saliendo por la izquierda.) Hasta la vuelta...

NICASIO

Que te diviertas mucho...

LUISÍN

(Impaciente.) Todas las mujeres son iguales. ¡Qué puesto se dan! Yo creía que Matilde estaba lista...  
*Arturo sale por la derecha.*

NICASIO

Listo vas a estar tú al regreso.

LUISÍN

Esta Matilde...

NICASIO

Eso es aquí, ya verás en el baile.

LUISÍN

Tú sabes que no es la primera vez que salimos juntos.

NICASIO

Claro que lo sé. Y también que muchas veces salen separados, cada uno por su lado, y luego se juntan allá, en cualquier parte...

LUISÍN

En cualquier parte no.

*Entra Arturo con el sobretodo puesto y el sombrero en la mano, listo para salir.*

ARTURO

Mucho cuidado, jóvenes.

*Sigue hacia la puerta de la izquierda y sale.*

NICASIO

Tú y Matilde se declaran la guerra aquí y van a hacer las paces a los cines de la Calle 52.

LUISÍN

A veces la paz cuesta mucho menos... No hay que ir a la 52... *(Entra Matilde.)* ¡Por fin!

NICASIO

*(A Matilde.)* Aclara aquí a Luisín que la invitación es para el Ritz.

LUISÍN

*(Ceremonioso.)* He dado muchas pruebas de mi formalidad. *(Suena el timbre, abre Nicasio y entra Roberto.)* Aquí tenemos a don Roberto, que me pasó por el lado esta noche con cara de "Don Quintín el Amargado"...

ROBERTO

*(Quitándose el abrigo.)* Buenas noches. *(A Luisín.)* Nada de amargado. Helado, que hace afuera un frío horrible... *(A Matilde y a Luisín.)* ¿Van ustedes de fiesta?

MATILDE

*(Con orgullo.)* Vamos al Ritz.

LUISÍN

Sí. *(A Matilde.)* Vamos.

*Salen Matilde y Luisín por la izquierda. Roberto se sienta.*

ROBERTO

Y tú, Nicasio, ¿descansas esta noche?

NICASIO

Esta noche no. Mañana domingo. De un solo tirón todo el día...

ROBERTO

¿Y la demás gente? ¿Está María en casa?

NICASIO

María sí, está en casa. Isabel y Arturo también salieron. *(Viendo a María que entra, también vestida para salir, aunque sin abrigo.)* Mira, ahí está María.

MARÍA

¡Hola, Roberto! No sabía que estuvieras aquí.

ROBERTO

Acabo de llegar. Tampoco sabía yo que fueras a salir tú.

NICASIO

Capablanca la ha invitado al teatro a ver... ¿Cómo es que se llama la comedia esa, María?

MARÍA

"Cuando el amor corrige sus propios errores"... Dicen que es de un autor novel.

NICASIO

*(Saliendo por la derecha.)* ¡Dios sabe qué mamarracho será esol

ROBERTO

*(Con intención.)* El título empieza revelando una mentira. El amor que se equivoca jamás corrige sus propios errores...

MARÍA

¡Quién sabe! ¡Quién sabe!...

*Con intención amorosa.*

ROBERTO

*(Transición.)* María... *(Pequeña pausa. Se pone de pie.)* ¡Esto se va haciendo intolerable!

MARÍA

*(Extrañada.)* ¿Qué? ¿Qué es lo que se hace intolerable?

ROBERTO

*(Cambiando el tono, como quien contiene un estallido de ira.)* Estás...

MARÍA

...Totalmente restablecida ya.

ROBERTO

No es a eso a lo que me refiero. Me parece que estás saliendo demasiado con ese pobre diablo de escritor...

MARÍA

*(Irónica.)* Como escritor..., no he leído nada suyo. Como diablo, quizá merezca otro adjetivo. En cuanto a la frecuencia de mis salidas con él, eso es cosa exclusivamente mía...

ROBERTO

Sí, claro, no faltaba más... Pero cualquiera diría que te interesas demasiado en él.

MARÍA

Mucho más de lo que pueda suponer quien tal cosa diga...

ROBERTO

Entonces...

MARÍA

Que tengo un criterio distinto al tuyo en lo que respecta a Capablanca.

ROBERTO

¡Lo crees un talento extraordinario!

MARÍA

Tanto como eso..., no. Pero, a lo menos, merecedor de observación. De que se le conozca...

ROBERTO

¿Y cuánto tiempo necesitas tú para conocer una persona?

MARÍA

Todo el que esa persona sea capaz de resistir el examen, ocultando su personalidad auténtica en los dobleces de su psicología.

ROBERTO

No me vas a decir...

MARÍA

Lo que te digo es que Capablanca me interesa mucho.

ROBERTO

*(Irónico.)* ¿Cómo espécimen de estudio?

MARÍA

Nada de ironías. Tú sabes que no acostumbro tratarte irónicamente. Te digo con toda claridad, y muy formalmente, que Capablanca me interesa mucho.

*Suena el timbre. Abre María entrando Capablanca.*

CAPABLANCA

Buenas noches. *(A Roberto.)* ¿Cómo está usted?

ROBERTO

Buenas noches... Perfectamente bien.

CAPABLANCA

*(A María.)* ¿Está usted lista? Me parece que es un poco tarde.

MARÍA

Sí; vuelvo en seguida.

*Sale por la derecha.*

ROBERTO

¿A qué teatro van?

CAPABLANCA

Al "Guild Theatre". Pasamos por allí hoy, vimos los anuncios de una nueva comedia y decidimos ir esta noche. Se trata de una comedia moderna cuyo autor es un comediógrafo novel.

ROBERTO

Sí... Ya me dijo María el título. Me parece un disparate.

*Entra Nicasio, con el sobretodo puesto y el sombrero en la mano, listo para salir a la calle.*

NICASIO

*(Con una mirada burlona a Capablanca.)* Voy a ver si la nieve se ha tornado cálida... Adiós, señores.

*Inicia el mutis.*

CAPABLANCA

Que te diviertas, guasón...

ROBERTO

Que el frío te sea leve.

*Sale Nicasio. Entra María por la derecha. Trae puesto el sombrero y toma de la percha el abrigo. Capablanca se adelanta y la ayuda a ponérselo.*

MARÍA

*(A Roberto.)* Ya sabes que estás en tu casa. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. Arturo llegará de un momento a otro.



ROBERTO

No; sí; sí...

*Suena el timbre. Abre Roberto y entra Arturo. Trae un paquete de diarios y revistas debajo del brazo.*

ARTURO

Olvidé el llavín... *(A Capablanca y a María.)* A ustedes los hacía ya en el teatro...

MARÍA

*(A Capablanca.)* Se hace tarde, es verdad,.. Vamos...

*Salen María y Capablanca por la izquierda. Arturo se sienta en el sofá. Acerca la mesa-velador y suelta sobre ella el paquete de diarios y revistas. Pausa. Roberto cruza la escena lentamente dos veces. Coge el abrigo, pero, vacilante, vuelve a dejarlo en la percha. Arturo, entretenido con los periódicos no advierte sus movimientos. Luego se acerca a Arturo, y se sienta en la butaca más próxima al sofá.*

ROBERTO

*(Con resolución firme.)* Arturo, es necesario que hablemos...

ARTURO

*(Levantando la mirada y con su gesto reposado de siempre.)*  
¿Tienes algo que decirme?

ROBERTO

Muy importante.

ARTURO

Pues dilo, ¡anda!

ROBERTO

Este Capablanca...

ARTURO

¿Algún jugador de oficio? ¿Tienes ya informes de tus colegas?

ROBERTO

No se trata de eso. La cuestión es muy seria...

ARTURO

¡Hombre!, como no te expliques...

ROBERTO

A eso voy. *(Se pone de pie. Arturo se levanta también.)*  
Tú sabes el afecto enorme que le tengo a María. Somos del mismo país y del mismo pueblo.

ARTURO

Sí; ya lo sé, ya lo sé... Y hasta asistieron a la misma escuela. Todo eso lo tengo requetesabido. Muchas veces me lo has dicho ya.

ROBERTO

Pero ahora no se trata de mí. Es decir, de mí solamente. Se trata de María. Y de ti. Y de mí también. De todos...

ARTURO

¿Qué es lo que ocurre?

ROBERTO

Ese Capablanca.

ARTURO

No lo creo un mal hombre.

ROBERTO

*(Con gesto duro.)* Pues te está poniendo en ridículo.

ARTURO

*(Reteniendo su gesto sereno.)* ¿En ridículo? No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

ROBERTO

Que ese hombre está enamorado de María.

ARTURO

*(Con firmeza.)* ¡Roberto: te he tolerado muchas cosas, sí, demasiado de cosas; pero no estoy dispuesto...!

ROBERTO

Lo que me hayas tolerado a mí no tiene importancia. La cuestión es que también María se ha enamorado de ese hombre.

ARTURO

*(Conteniendo la indignación en un gesto de músculos apretados.)* ¡Serías capaz de llegar hasta la difamación!

ROBERTO

Ella misma, hace sólo unos momentos, me ha puntualizado su interés por ese hombre. Te aseguro que si hubiese sido mi mujer...

ARTURO

La estrangulas...

ROBERTO

Sí. La estrangulo.

ARTURO

Pero como es mi mujer...

ROBERTO

¡Claro! ¡Tu mujer! Hace diez años que lo es. ¡Pero hace veinte que yo la amo!

ARTURO

*(Apretando en los puños el esfuerzo que hace por conservar su serenidad.)* Entonces, tú...

ROBERTO

*(Rápidamente.)* Debo aclararte que ella a mí, no... Por lo menos, después que me la robó la vida. La vida, que interpuso entre los dos, mil cuatrocientas millas de agua, y casi veinte años... Allá en el pueblo, nuestras casas estaban tan juntas que se daban la mano por los balcones. La vida fue dura. Dura conmigo. Mató a la madre de María para que su padre tuviese que

enviarla a Nueva York con su hermano, casi una niña... ¡Veinte años sin verla! ¡Amándola durante veinte años, en un amor que la ausencia agigantaba! Cuando un día la tiró sobre mí un empujón del "subway", la reconocí inmediatamente. La hallé casada contigo. Después... la he amado como antes; eso sí; eso sí, sin que pudiese advertir que ella sería capaz de cambiarte por mí... Esto, agrio, amargo, duro como mi vida toda, salado como las mil millas de imposibilidad que interpuso el mar entre los dos, debo decírtelo, y te lo digo, con toda honradez...

ARTURO

Has perdido el juicio... Estás loco...

ROBERTO

¡Loco! Quizá lo he estado siempre. Pero yo empezaba a ser feliz con que María me permitiese amarla, aunque sólo fuera cuidando de ella, como haces tú...

ARTURO

Creo que pretendías algo más; pero, realmente, casi estoy sintiendo piedad de ti... ¡Pobre loco!

ROBERTO

Quiero que sepas que no lo estoy. Que te prevengo contra Capablanca. Que te va a quitar a María. ¡Que nos la va a quitar a los dos!

ARTURO

Y tú...

ROBERTO

Yo mataría a Capablanca. Pero, no es posible. María no es mi mujer. Debes matarlo tú...

ARTURO

¡Basta ya, Roberto! No me obligues a tirarte por esa ventana. Quiero que sepas que no soy ciego, que conocía (*con sarcasmo*) la bondad de tu amistad... Pero, aunque nunca, ni cuando fuimos novios, ni después que nos casamos, estuve muy seguro del amor de María hacia mí, tenía la plena seguridad del mío hacia ella. Y una absoluta confianza en mi mujer. Si no hubiese tenido esa confianza, no en su lealtad para conmigo, que yo, quizá poco, importaba, en su lealtad a ella misma, que no le habría permitido vivir en una farsa... Estaba y estoy seguro de que el día que María quisiera que yo abandonara esta casa me lo diría con la misma tranquilidad con que me pide el desayuno todas las mañanas. Y yo habría salido de aquí, por esa puerta, con la serenidad y la seguridad de ánimo con que he sido capaz de oírte...

ROBERTO

(*Transición.*) Eso quiere decir que...

ARTURO

No; no he terminado... Es posible que esta noche salga yo definitivamente de esta casa por esa puerta (*señalando a la izquierda.*) Tengo la suficiente fuerza de espíritu para plantear este problema de alma a María.

ROBERTO

(*Recobrando la serenidad.*) Pero...

ARTURO

Nada, nada... Esta noche sabré yo a qué atenerme. Lo sabrás tú también.

ROBERTO

Entonces, debo marcharme...

ARTURO

¡No! *(Lo coge por el brazo y lo lleva hasta el sofá. Roberto obedece y se sienta.)* Tú también debes tener fuerza de alma para ver cómo se soluciona un problema que estimas de tu propia alma. Esta noche se sale de aquí, sí, quien tenga que salir; ¡pero definitivamente!

TELON

## ACTO TERCERO

*En el mismo lugar, unas horas después. Pausa prolongada. En escena Arturo, jugando solitario en la mesa-velador que aparece en el centro de la sala. Sentado en el sofá, Roberto leyendo una revista. Suena el timbre. Abre Arturo, entrando Julio Schmit.*

JULIO

*(Deteniéndose en el dintel de la puerta.)* Buenas noches.

ARTURO

Buenas noches.

JULIO

Usted perdone... ¿Es aquí donde reside Isabel Ortega?

ARTURO

Sí, señor, aquí; pero ella no está.

JULIO

Soy... muy amigo de Isabel; de Filadelfia... quiero decir, que nos conocimos en Filadelfia. Ahora vengo de Chicago; y sentiría

mucho no verla. Por la madrugada seguiré camino de Filadelfia. ¿Cree usted que tardará mucho?

ARTURO

No creo que tarde. Si tiene gran urgencia puede pasar y esperarla.

JULIO

Se lo agradezco mucho, porque me he detenido en Nueva York exclusivamente para ver a Isabel.

*Entra, se desprende de los guantes y del abrigo que Arturo toma con el sombrero y lleva a la percha.*

ARTURO

Tome usted asiento. Siéntese usted.

JULIO

*(Sin sentarse.)* Mi nombre es Julio Schmit.

ARTURO

El mío es Arturo Molina. *(Presentando a Roberto.)* El señor es Roberto Ramírez, un amigo de la casa.

ROBERTO

*(Levantándose y estrechando la mano de Julio.)* Mucho gusto...

JULIO

El gusto es mío, caballero.

*Se sientan. Roberto vuelve al sofá.*

ARTURO

*(A Julio.)* ¿Cómo andan las cosas por allá arriba en Chicago?

JULIO

Mal. Desempleo y frío. Mucho más frío que en Nueva York, por lo que he podido advertir esta noche. *(Observando las cartas de baraja sobre la mesa-velador.)* ¿Juegan ustedes a las cartas? El póker es una buena distracción en estas noches frías...

ARTURO

Sí; jugamos de vez en cuando. Esta noche yo jugaba solitario. *(Irónico.)* Un solitario en compañía... *(Pausa. Roberto se levanta y cruza la escena con una revista en la mano. Vuelve al sofá. Tira el magazine, coge otro periódico, se sienta y reanuda la lectura. Suena el timbre. Abre Arturo, entrando Isabel.)* ¡Aquí tenemos a la señorita!

*Isabel, sorprendida al ver a Julio, se para en el dintel de la puerta, sin poder pronunciar una palabra... Julio se pone de pie. Pequeña pausa.*

ISABEL

*(Reaccionando, corre hacia Julio que la abraza.)* ¡Julio!

JULIO

Sí, soy yo, Isabel.

ISABEL

¿Por qué no avisaste?

JULIO

Quería darte la sorpresa.

ISABEL

*(Volviéndose hacia Roberto y Arturo.)* ¡Señores, les presento a mi marido!

ARTURO

¿Tu marido? ¡Ni siquiera sabíamos que lo tuvieras!

ROBERTO

*(Levantándose, dando unos pasos por la escena y volviendo al sofá.)* ¡Qué cosas!

ISABEL

Hacía... como tres años que no nos veíamos.

JULIO

*(Sonriendo.)* No tanto, no tanto. Dos y medio nada más.

*Le pone el brazo sobre el hombro.*

ISABEL

*(Con tristeza.)* Perdió el empleo y se me fue una noche...

JULIO

No lo digas así, que van a creer los señores que realmente hubo una ruptura... *(Aclarando.)* Tú me llevaste a la estación.

ISABEL

Tú dijiste que tan pronto hallaras trabajo en Nueva York me escribirías, para que viniera aquí...

JULIO

Pero no lo hallé y seguí hacia Chicago...

ARTURO

No malogren el encuentro. *(A Isabel.)* Por lo visto la cosa no pasa de unas vacaciones prolongadas que se tomó tu marido. ¡Ya ves que vuelve!

JULIO

Y para llevármela otra vez a Filadelfia. *(A Isabel.)* Si es que quieres ir...

ISABEL

*(Con alegría.)* ¡A Filadelfia! Pues claro que quiero ir. Nueva York me revienta...

JULIO

Saldremos esta misma noche, en uno de los trenes de la ma-  
drugada, el primero que salga... y que alcancemos.

ISABEL

Pero si yo...

ARTURO

Nada, mujer, vas esta misma noche.

ROBERTO

*(En su ánimo se advierte cierto nerviosismo.)* ¡Qué cosas!  
¡Qué cosas!

JULIO

Si vienes, no debemos perder tiempo.

ISABEL

Pero es que yo no puedo irme así, así...

ARTURO

¿Cómo? Todo lo que necesitas es el boleto de viaje...

JULIO

¡Claro!

ARTURO

Me dejan su dirección o me la informan por telégrafo, y yo te enviaré el equipaje por "express"...

ISABEL

Entonces...

JULIO

*(Alegre.)* ¡Que volvemos a Filadelfia!

*Suena el timbre, abre Arturo y entra Nicasio.*

NICASIO

*(Al advertir la presencia de un extraño saluda ceremoniosamente.)* Buenas noches, buenas noches.

*Todos contestan con "Buenas noches" también.*

ISABEL

*(A Nicasio.)* Te presento a mi marido.

NICASIO

¿Qué?... ¿Tu marido?...

JULIO

Servidor...

ARTURO

Su marido...

ROBERTO

Su marido...

NICASIO

*(Estrechando la mano de Julio.)* Realmente no hay por qué extrañarse. Nueva York es así. Saca de su apartamento a una muchacha, que sale para el cine sola, y la devuelve con todo un marido...

ISABEL

Hombre, ése no es el caso...

ARTURO

Por lo menos, no es el caso de Isabel.

NICASIO

Entonces...

ISABEL

Que estábamos casados desde hace tiempo. Nos casamos en Filadelfia. Después, él quedó sin trabajo, vino a Nueva York, y de aquí pasó a Chicago. Yo vine a Nueva York más tarde. Fue aquí donde conocí a Matilde y luego a ustedes...

NICASIO

Pero, ¿por qué te lo tenías tan callado?

ISABEL

Porque no estaba muy segura de que volviese. Y, además, ese era un problema mío. Quizá yo esté fuera de época, pero no creo en el divorcio. *(Con amargura.)* Me daba vergüenza decir que mi marido me había abandonado...

JULIO

Pues no te he abandonado. Aquí estoy, y para llevarte conmigo.

ARTURO

No pierdas tiempo, mujer, prepara tus cosas.

JULIO

*(A Isabel.)* Sí; anda...

NICASIO

¡Qué cosas! *(Pausa. Roberto reanuda la lectura, cambiando a cada momento de periódico.)* Con perdón de ustedes, voy a retirarme... *(A Julio.)* Le deseo una feliz "reprise" en su luna de miel.

*Le extiende la mano.*

JULIO

*(Estrechando la mano a Nicasio.)* Muchas gracias, muchas gracias...

*Sale Nicasio por la derecha.*

ARTURO

*(A Julio.)* ¿Y cree usted que la situación en Filadelfia es ahora mejor que antes... que cuando se marchó usted?

JULIO

No será peor que en Chicago.

ARTURO

Chicago es un centro industrial de mayores posibilidades...

JULIO

Sí; pero yo me he cansado de trabajar en las factorías. Deseo algo menos duro. He realizado algunas economías y proyecto establecer un negocio de mi propiedad. Algo pequeño, sin pretensiones... Y como allí en Filadelfia conozco más gente, tengo más amigos, quizá pueda...

ARTURO

Si va a depender de sus amistades...

JULIO

Siempre se les venden cigarrillos y tabacos.

ROBERTO

*(Levantando la vista del periódico en que lee.)* ¿Tardará mucho esa gente, Arturo?



ARTURO

No creo. A menos que decidan ir a un café después de la función...

*Pausa. Roberto suspende la lectura. Se levanta y toma un cigarrillo de la pitillera de Arturo que está en la mesa-velador. Lo enciende. Da una vuelta corta por escena y regresa al sofá. Arturo ofrece un pitillo a Julio y toma uno para él, dando luego lumbre al visitante y encendiendo después el suyo. Roberto coge otro periódico y reanuda la lectura.*

JULIO

(A Arturo.) ¿No conoce usted Filadelfia?

ARTURO

Conozco casi toda la nación. Hace más de doce años que residí por un término de seis meses en Filadelfia. La verdad, no me gusta. Prefiero Nueva York.

JULIO

En cambio, yo...

ARTURO

Así es, así es... Todo depende de la adaptación. A mí me fue muy mal allí. Apenas si sabía cuatro palabras de inglés. ¡Horrible! ¡Horrible!

JULIO

Pero, desconociendo el idioma... en ninguna parte le va bien a uno.

ARTURO

Aquí hay más oportunidades. Por lo menos, las hubo para

mí, en lo que a no morir de hambre por falta de trabajo se refiere...

*Entra Isabel. Trae un pequeño maletín de viaje, y abrigo y sombrero puestos.*

ISABEL

¿Qué van a decir María y Matilde!

*Roberto suspende la lectura. Arturo y Julio se ponen de pie.*

ARTURO

¡Nada! ¿Qué van a decir? El que un marido venga por su mujer y se la lleve, si ella quiere irse, nada tiene de particular.

ROBERTO

(Irónico.) El marido puede siempre llevarse su mujer. La mujer... es la mujer; y ha de ir con el marido dondequiera que él la lleve...

JULIO

Pues, entonces nos vamos. Antes de que tomemos el tren necesitamos hacer algunas diligencias aquí.

*Arturo entrega a Julio el abrigo y el sombrero. Roberto se levanta del sofá para despedirlos.*

ISABEL

Estoy alegre y triste a la vez. Me hubiera gustado despedirme de María y de Matilde.

ARTURO

Yo les explicaré.

*Isabel abraza a Arturo y da la mano a Roberto.*

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

JULIO

(Dando la manó a Arturo y a Roberto.) Entonces...

ARTURO

Que lo pasen bien.

ROBERTO

Buen viaje. (Salen Julio e Isabel por la izquierda.) ¡Qué cosas! (Pausa. Vuelve Roberto al sofá. Arturo se sienta frente a la mesa-velador, en disposición de seguir su juego de solitario. Roberto toma otro periódico y lo hojea. Poniéndose de pie súbitamente.) ¡Pero esta espera es horrible! ¿Cuándo ha de venir esa gente? (Arturo también se levanta.) ¿Por qué esta tortura?

ARTURO

¡Tortura! ¡Espera!... ¿Y me lo dices tú? Tú, por quien he tenido que pasarme largas horas en esta sala, leyendo periódicos, revistas y libros. (Con dureza.) Ahí mismo, en ese sofá...

ARTURO

(Suena el timbre. Abre Arturo y entran Luisín y Matilde. Traen expresión de gran alegría.) ¡Ah, son ustedes!

Luisín y Matilde empiezan a desprenderse rápidamente de los abrigos.

LUISÍN

Nosotros. ¡Y con un gran noticia!

Pausa

MATILDE

(Con dulzura, a Luisín.) Luisín: da tú la noticia.

LUISÍN

(Simulando timidez.) No, yo no... Dala tú.

ARTURO

Acaben... ¿Qué pasa?

MATILDE

(A Luisín.) ¿No lo dices tú?

LUISÍN

Quisiera que lo dijeras tú.

ROBERTO

¡Sabe Dios qué pavada!

MATILDE

¿Pavada? Ninguna pavada. (Alegre.) Que nos casamos.

ARTURO

(Extrañado y sin entusiasmo.) ¿Que se casaron?

ROBERTO

¿Se casaron?

LUISÍN

Pero, ¿así reciben ustedes la noticia?

ARTURO

¿Y cómo quieren que la recibamos? Todos los días se casan

centenares de personas que jamás sospecharon que se casarían. Todo lo que les digo es que los felicito.

MATILDE

Pero en ese tono tan frío...

LUISÍN

Cualquiera diría que me tienen por una mala persona.

ARTURO

No. No eres una mala persona. Además, es Matilde quien tiene que decidir si eres bueno o malo para ella...

ROBERTO

Es que Isabel les robó la sensación a ustedes.

LUISÍN

*(Admirado.)* ¿Qué? ¿Se casó también Isabel?

ARTURO

No; no es que se casó... Se había casado hace años. Y el marido, que estaba en Chicago, vino esta noche a buscarla. Se fueron a Filadelfia.

MATILDE

¡Cuánto me alegro! Ella me había dicho algo... Que la había dejado en Filadelfia.

LUISÍN

¡Despampanante! Pero eso, ¿por qué ha de quitar alegría

a lo nuestro? Matilde y yo salimos para el Ritz, nos fuimos a un cine y resolvimos casarnos...

ARTURO

El cine es la Celestina de Nueva York.

MATILDE

Pero hemos sufrido una decepción: creíamos que la noticia les iba a producir a ustedes, por lo menos a ti, Arturo, una gran alegría.

ARTURO

Y me la ha producido. Créanlo. Me la ha producido.

LUISÍN

Pues lo disimulas bien, ¡hombre!

ARTURO

Ya nos alegraremos, no te preocupes. *(A Matilde.)* Anda, ve a descansar.

*Matilde sale por la derecha.*

LUISÍN

*(A Arturo.)* Tal parece que no estás conforme con la cosa. ¿Dijiste a Matilde que se retirara porque deseabas decirme algo?

ARTURO

*(Afectuoso.)* Si me parece bien... Es que no quería seguir hablando de eso esta noche...

LUISÍN

Tú sabes que, a pesar de que trabajo en el "laundry" de un hotel aquí, allá en nuestro país pertenezco, al igual que tú, a una buena familia. Los Iturrondo...

*Roberto cambia de periódico.*

ARTURO

Claro. Lo sé. Lo sé. Pero si no se trata de eso... Ni de nada. Todos nosotros procedemos de buenas familias allá en nuestros países. De las buenas familias de las clases medias de nuestros países. Pero eso sólo sirve para ti y para mí en esta casa, en este apartamento. De esa puerta para afuera (*señalando a la izquierda*) de nada sirve. (*Amargado.*) No somos más que obreros, trabajadores, proletarios con las armas inútiles que la escuela burguesa de nuestras clases medias nos puso en las manos. Y tienes que tirarlas, dejarlas aquí, en cualquier rincón de la casa, para coger las que te brinda el trabajo...

LUISÍN

Pareces un orador...

ARTURO

Ve tú también a descansar, muchacho. Te prometo que mañana hablaremos formalmente del asunto.

*Luisín sale, cabizbajo, por la derecha. Pausa. Arturo vuelve a sentarse frente a la mesa-velador.*

ROBERTO

(*Levantándose.*) ¿Pero es necesario que esté yo presente?

ARTURO

(*Atendiendo a su juego de solitario y sin levantar la vista de las cartas.*) Te he dicho que es absolutamente necesario. (*Levantándose y volviéndose entonces hacia Roberto.*) Pero, ¿es que vas a coger miedo a tu propia obra?

ROBERTO

No tengo miedo a nada... Pero me parece que todo va a resultar muy molesto para María.

ARTURO

Molesto va a resultar para todos. Pero en el planteamiento y solución de problemas como éste, las molestias no juegan papel. Eso debiste tenerlo en cuenta... cuando traspasaste por primera vez la puerta de esta casa.

ROBERTO

(*Levantándose.*) Jamás creí que serías capaz de plantear este asunto a María en la forma en que te propones hacerlo.

ARTURO

(*Con su gesto reposado de siempre.*) ¡Claro que no podías creerlo! Si para ti yo era un pelele, un pobre diablo casado con una mujer de más talento y personalidad que él...

ROBERTO

Yo...

ARTURO

(*Con indignación contenida.*) Creíste mucho más que eso. Me

tomaste por un desgraciado que vivía del sueldo de su mujer. (*Roberto quiere protestar.*) Sí... sí... Y por algo más. ¡Hasta el extremo de indicarme que matase a Capablanca! Pero, ¿no te dabas cuenta de que si yo hubiese sido el desalmado que suponías, lo menos que podías pedirme era eso: que matara a Capablanca? En caso de que mi mujer se hubiese enamorado de Capablanca (*apretando el gesto*) y que yo fuese... lo que tú suponías que era ¿iba a matar a Capablanca que llegaba precisamente para librarme de ti?

*Suena el timbre. Abre Arturo y entran María y Capablanca.*

MARÍA

(*A Roberto, mientras va quitándose el abrigo, ayudada por Arturo.*) Suponía que te habías marchado.

ROBERTO

Arturo...

ARTURO

Le pedí que se quedara conmigo, en lo que regresabas tú. (*A Capablanca, que se ha quedado cerca de la puerta, con ánimo de despedirse y marcharse inmediatamente.*) ¡Quítese el abrigo, hombre!

CAPABLANCA

Pensaba marcharme.

MARÍA

No se marche usted aún. Mañana es domingo y habrá tiem-

po para dormir... Así podremos seguir haciendo nuestros comentarios de la obra.

*Capablanca se quita el abrigo. Arturo coge el abrigo y el sombrero de Capablanca, y los lleva, con los de María, a la percha.*

ARTURO

¿Y qué tal la obra?

*Se sientan. Roberto en el sofá.*

MARÍA

Bien. Moderna y divertida.

CAPABLANCA

(*Irónico.*) El eje Nueva York-Reno-Niágara. (*María ríe.*) Al igual que en la política, también en lo social se ponen de moda los ejes...

MARÍA

Se trata de dos parejas, dos matrimonios que se casaron equivocadamente.

CAPABLANCA

(*Irónico.*) Y equivocadamente tuvieron hijos.

*María ríe. Arturo simula interés. Roberto no puede ocultar su nerviosidad.*

MARÍA,

Son dos matrimonios amigos. Los esposos White y Johnson. El señor White descubre que su afecto por la señora Johnson traspasa los límites de un mero cariño de amigos.

CAPABLANCA

Lo mismo ocurre a la señora White respecto al señor Johnson. Y, además, tanto la señora White como el señor Johnson encuentran correspondencia en su pasión. (*Riendo.*) El caso se reproduce en lo que concierne a los otros dos: al señor White y a la señora Johnson.

MARÍA

(*Levantándose y yendo a amontonar las cartas de baraja que Arturo había dejado sobre la mesa-velador extendidas, aún marcando la última jugada de su "solitario".*) La señora White reúne un día a los otros tres y les plantea la necesidad de corregir el error que en el caso de los cuatro cometió el amor...

CAPABLANCA

Los otros aceptan el absurdo...

ARTURO

¿Por qué el absurdo?

CAPABLANCA

Porque eso sólo puede ocurrir en el teatro de un país como éste, que además es el de la película.

MARÍA

(*Volviendo a ocupar su sitio.*) Van a Reno. Se divorcian. Vuelven a Nueva York y aquí se casan. Después... se encuentran en las Cataratas del Niágara. ¡Y así corrigió el amor sus propios errores!

CAPABLANCA

Esa señora White... ¡Qué mujercita esa!

MARÍA

Usted no sabe aún lo que una divorciada americana o una americana a punto de divorciarse es capaz de hacer... Va a Londres, se mete en la Corte de San Jaime y si el Obispo no se interpone, conquista el Trono. Si se interpone el Obispo... se lleva al Rey...

*Capablanca ríe.*

CAPABLANCA

Cuando se trata de una Simpson...

MARÍA

Aún cuando se trate de una Smith cualquiera. (*Transición.*) ¿Por qué no jugamos un póker? (*A Capablanca y a Roberto.*) Juguemos un póker nosotros tres, mientras Arturo nos prepara un chocolate. (*A Arturo.*) ¿Podría ser, Arturo?

ARTURO

¿Y por qué no?

MARÍA

Pues acerquemos a la mesa las butacas y los sillones.

*Arturo sale por la derecha.*

ROBERTO

Habrá que descartar la baraja, porque somos pocos.

*Capablanca y Roberto ayudan a María a acercar los sillones y butacas a la mesa-velador.*

MARÍA

(A Capablanca.) Tenga usted cuidado con éste, que es muy peligroso en el póker.

ROBERTO

Pura fama...

CAPABLANCA

Me han dicho que realmente es muy peligroso... (A Roberto.) El otro día hablé con Gume Bello de usted...

ROBERTO

¿Y qué le dijo?

CAPABLANCA

Que personalmente no lo conoce; pero que una divorciada de él lo fue luego de usted... Quiero decir, que también se divorció de usted.

*María y Capablanca ríen.*

ROBERTO

(Con una mezcla de fastidio y nerviosismo, al ver que entra Arturo.) Sí... es verdad.

ARTURO

(A María.) He pedido el chocolate por teléfono a un restaurante, porque esta noche yo también juego póker.

MARÍA

Magnífico. (Se van sentando en torno a la mesa-velador.) Us-

ted, ahí, Capablanca. Arturo, tú, frente a mí. Así... Así... (María pasa la baraja a Arturo.) Tú das las cartas, Arturo.

ARTURO

Sí. Yo las doy. (Pausa. Arturo baraja las cartas con rapidez.) Jugaremos descubierta.

*Empieza a echar las cartas con lentitud.*

ROBERTO

(Señalando.) Mira el jóker; sácalo.

ARTURO

No. También el jóker juega esta noche. (Va perdiendo su gesto reposado y casi le resulta imposible ocultar su nerviosismo.) Este es un juego con todas las cartas boca arriba sobre la mesa, ¡y definitivo! ¡Esta noche juega el jóker! El jóker aquí... soy yo. ¡Yo, el comodín, el comodín de la baraja! (La voz se le exalta.) ¡Ahora verán ustedes cómo juega el comodín!

*Se levanta.*

MARÍA

(Levantándose también.) ¡Arturo!

*Roberto y Capablanca también abandonan sus asientos.*

ARTURO

(Recobrando su serenidad.) Descuida, mujer... ¡Si sólo se trata de un póker! Claro: del póker mío, del de mi vida; mejor dicho: ¡del juego de mi vida a tu lado!

MARÍA

¡Pero, Arturo!...

ARTURO

Nada, nada... Si tuve paciencia para oír a Roberto esta noche, creo que no me faltará la seguridad de ánimo suficiente para hacer que tú me oigas en presencia de Roberto y Capablanca.

ROBERTO

No ha debido ser en nuestra presencia.

CAPABLANCA

Eso es, ¿por qué ante nosotros?

ARTURO

Sí; ante ustedes. *(A Capablanca.)* Ante Roberto y ante usted. Esta noche Roberto me dijo que yo debía matarlo a usted.

CAPABLANCA

¿A mí?

ARTURO

Sí; a usted, a usted.

ROBERTO

Sí; lo dije. ¿Qué quieres ahora? ¿Que lo repita?

ARTURO

Ahora todo lo que quiero es que no te insolentes y me dejes hablar.

MARÍA

¡Roberto!... Haz el favor...

*Roberto se retira a un lado.*

ARTURO

*(A María.)* Esta noche, cuando tú saliste con Capablanca para el teatro, Roberto permaneció aquí. ¡Para decirme que Capablanca está enamorado de ti! ¡Que tú lo estás de Capablanca!

CAPABLANCA

*(Protestando.)* Eso es una...

MARÍA

*(A Capablanca.)* ¡Un momento! ¡Déjelo usted que hable!

ARTURO

Me contó lo de él contigo, allá en la niñez de ambos. Aquel cuento de infancia que tú me hiciste un día...

ROBERTO

*(A María, extrañado.)* ¿Se lo habías dicho tú?

MARÍA

Sí... Le había dicho que de niña jugué a los novios contigo.

ROBERTO

Tú llamas juego...



MARÍA

(Enérgica.) Haz el favor ahora, Roberto, de no interrumpir a Arturo. Esta situación debe aclararse de una vez y para siempre. ¡No importa cuál sea el fin de todo esto!

ARTURO

(A María.) Tú sabes que un día... Sí, sí. Un día cualquiera. Ya se ha borrado de tu memoria. Te hallé aquí en Nueva York. Hasta aquí me trajo la vida. Era yo un inmigrante, igual que los millones de inmigrantes que han venido a este país. No conocía el idioma inglés y tuve que recorrer toda la escala de los oficios humildes, desde cocinero de restaurante hasta "houseman" de hotel. Me encontré contigo. Nada te oculté. ¡Todo te lo dije! Tú eras una muchacha que se había educado aquí, más para la lucha fuera del hogar que para los quehaceres domésticos. El hogar es el único recurso que la sociedad pone al alcance del amor para que éste prevalezca, perdure y no se extinga. Tú no podías hacerlo. Las armas de lucha que me dio el trabajo aquí me permitían a mí intentarlo. Lo hice. ¡Con mis manos, con mis dedos, a costa casi de mi propia transfiguración! Para que tú estuvieras en él y así pudieras seguir en mí. ¿Qué otros medios tenía para retenerte en mi amor si no los que me dio la vida para que te retuviese?...

MARÍA

¡Arturo!...

ARTURO

La verdad, la verdad... Nunca estuve muy seguro de tu amor. ¡Lo estaba del mío para ti! Lo estaba también de tu lealtad. No a mí... ¡Yo, el "houseman" en su propia casa! ¿Qué significaba

para ti? Lo estaba de tu lealtad a ti misma, que no te habría permitido seguir aquí, o tolerar que siguiera yo aquí, si quisieras a otro... (Señalando a Roberto.) Por eso soporté en esta casa, hasta las pisadas de éste que me retumbaban en las entrañas... Además, siempre seguro de esa lealtad que te hace fiel a ti misma, me parecía que ése era otro medio legítimo de retenerte... Pero... así fue hasta esta noche; porque, ya lo sabes, yo saldré ahora mismo por esa puerta para jamás volver a entrar por ella.

*Señala hacia la izquierda.*

MARÍA

Pero, Arturo...

ARTURO

Sí, saldré, saldré... Y conmigo deberá salir uno de estos dos. (Señalando a Roberto y a Capablanca.) ¡Para eso soy el jóker! ¡Hago pareja con cualquiera! El problema deja de ser ahora mi problema. Ha pasado a ser un problema de ustedes res.

CAPABLANCA

(Soslayando el asunto.) Un problema de amor mío no se resuelve en esta forma.

ARTURO

Pues mío sí. ¡Ya está resuelto!

MARÍA

(Pausa. Se acerca a la mesa y coge una carta de baraja: el jóker.) Arturo tiene razón. Este es un problema de tres (A Ca-

*pablanca.*) Lo es también de usted, Capablanca. ¿No me propuso esta noche que nos fuéramos al Perú?

CAPABLANCA

¡Señora!...

MARÍA

Bah... no tiene importancia. Recuerde la gracia que me hizo su proposición. (*A Arturo.*) Tú estás en lo cierto. Este problema es de tres; pero la solución es de uno solo. Uno solo ha de resolverlo... ¡Yo sola! (*A Capablanca.*) Muchas gracias por sus atenciones personales; y por su invitación para irnos al Perú... Y más todavía: por haberme brindado la oportunidad de conocer algunos trozos de nuestros pueblos a través del tropicalismo imaginativo de uno de sus escritores... Muy buenas noches, señor Capablanca. (*Capablanca inicia el mutis, saliendo luego.*) Tú, Roberto, has echado a perder una amistad que creció en el afecto de un recuerdo simpático. Los hombres son así. No entienden de una amistad leal con una mujer. Ahora, en la distancia de nuestra niñez, me parece que más que yo de ti, era mi casa la que allá en el pueblo estaba enamorada de la tuya. Buenas noches, Roberto. (*Roberto sale y María muestra la carta a Arturo.*) ¡Arturo, yo cogí el jéker!

*Avanzan el uno hacia el otro para abrazarse.*

TELÓN